

928

GOETHE

SUS AMORES

(ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA ALEMANA)

POR

ERNESTO QUESADA

(Publicado en la "Nueva Revista de Buenos Aires")

BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de MAYO, de C. Casavalle, Perú 115

1881

Señor D. J. M. de Vedia

q. 8 /

GOETHE

el autor
Montevideo 26/82.

SUS AMORES

(ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA ALEMANA)

POR

ERNESTO QUESADA

(Publicado en la "Nueva Revista de Buenos Aires")

81.322

B. 1575

BUENOS AIRES



Imprenta y Librería de Mayo, de C. Casavalle, Perú 115

1881

G Æ T H E

S U S A M O R E S

DE LA INFLUENCIA DE LA MUJER EN SUS OBRAS LITERARIAS

(Estudios sobre la literatura alemana.)

Wunderliches Buch der Bücher
Ist das Buch der Liebe;
Aufmerksam hab' ich's gelesen :
Wenig *Blätter* Freuden,
Ganze *Hefte* Leiden !
Einen *Abschnitt* macht die Trennung,
Wiederseh'n ! — ein kleines *Capitel*,
Fragmentarisch. *Bände* Kummers
Mit Erklärungen verlängert,
Endlos, ohne Mass.

G Æ T H E. — (*Westöstlicher Diwan.*)

I

Las absorbentes ocupaciones de la vida diaria dejan, por desgracia, solo rarísimos momentos libres al que ama las letras, para engolfarse en la lectura de algunas de las obras de sus autores favoritos. Pero en cambio es purísimo

el goce que se experimenta, abstrayéndose de la rutina fatigosa de la vida cotidiana, para transportarse con el espíritu á otros países, otra vida, otras edades. Y el rastro que semejantes lecturas dejan, se graba profundamente en el alma, que vibra emocionada al recordarlas.

Tal acaba de sucederme. Años hacia, siendo todavía un niño, mi viejo profesor Niegolewski me incitaba á que amenizara las largas veladas del invierno en Dresden, leyendo las obras maestras de la literatura alemana. Empeñóse mucho en que fuera Goethe mi autor favorito, y tenía la paciencia de discutir conmigo tal ó cual pasaje del *Fausto*, que á mi imaginacion juvenil ninguna duda ofrecía, pero que encerraba profundísima filosofía. Hízome, pues, leer la autobiografía de Goethe, ese bellissimo libro, escrito por un sexagenario con febriciente ardor: «*Aus meinem Leben—Dichtung und Wahrheit.*» *Poesía y Verdad!*.... cuán bien elegido el título! — aquel libro, obra maestra en su género, estudia su vida hasta los 26 años, rememorando sus aspiraciones, sus ilusiones perdidas, sus penas y sus alegrías; libro escrito con un encanto maravillosamente fascinador, cuya asombrosa claridad y dulcísima filosofía, conquistan y atraen al lector mas displicente.

En aquel libro, Goethe ha vaciado verdaderamente su alma entera, y entre el calor y la vivaz elocuencia de sus páginas, se siente algo como el bullir impetuoso del espíritu que se forma y perfecciona con el contacto de los hombres, la contemplacion de las cosas, y el continuo batallar de la existencia. Allí palpitan los deseos inconscientes, las vagas ambiciones que suelen mecer á las almas escogidas, y en medio de tanto tropiezo, se vé que apesar de todo y contra todo, el espíritu fuerte se abre camino en este mundo,

dejando en la jornada jirones de su alma, saliendo, es cierto, con el corazón destrozado, y llevando en la cabeza el gérmen, quizá, de sombrío desencanto. Todo eso y mucho mas adquiere, por decirlo así, una forma sensible en aquel bellissimo libro, y parece como si se viera moverse los personajes, como si se les oyera conversar, y se presenciara tantas escenas que se adivinan tan solo entre una y otra frase. De ahí que la impresion que ese libro produce sea tan duradera y tan imborrable: de ahí que se alimente siempre el deseo latente de volver á leer aquellas páginas empapadas de verdad y de vida: de ahí que cuanto mas se avanza en los años, sea mas meditada la reflexiva lectura de dicha obra, y que cuando la fatal casualidad quiere que nos encontremos en alguno de los tantísimos trances por que pasara Goethe, se exclame involuntariamente: ¡cuánta razon tenía el poeta! qué profundamente exacto es su relato! Y se deja caer el libro, que provoca largas y detenidas meditaciones: — no es, en efecto, la imaginacion, con sus ricas galas, la que allí nos atrae, — es la vida, la vida cruel, implacable, la que allí se dibuja con sus alegrías efímeras y sus heridas incurables!

Y sin embargo es cierto que para escribir la historia de su vida propia, al hombre no le baste la memoria y que necesite la imaginacion: la imaginacion del recuerdo, no la que inventa; pero si la que colecciona y elabora. Goethe poseía esta clase de imaginacion de una manera intensísima: de ahí el mérito inmortal de su autobiografía.

Por vez segunda, y á largos años de distancia, acabo de leer nuevamente aquel libro, y es tan vivísima la impresion que me ha vuelto á producir, que involuntariamente he comenzado á escribir estas páginas. La materia es, sinem-

bargo, tan vasta, que la eleccion se torna por demás difícil; pero no he trepidado. Por sobre todo lo que en aquellos libros ha escrito Goethe, vibran extrañamente las reminiscencias de sus amores juveniles, y en la profunda sinceridad con que traza los retratos y recuerda á las mujeres que amára, se vislumbra que las heroínas de sus obras contemporáneas no son sinó el trasunto de sus amadas, y que aun sus producciones mismas á veces solo son el relato de sus pasiones desgraciadas. Idilios tiernísimos que tan bien se acomodan á la poética naturaleza del Norte, aquellos amores han immortalizado á sus heroínas, que viven en la posteridad de la vida que el gran poeta les ha dado en sus poesias, en sus dramas, en sus novelas.

La purísima Margarita del *Fausto* no es sinó el retrato fiel de aquella pudorisima Gretchen que por vez primera conmoviera el corazon de quince abriles del poeta. La melancólica Klärchen del *Egmont* es tambien solo el recuerdo de la primera amada. ¿Qué es *Die Laune des Verliebten* sinó el resultado de los caprichosos é injustificables celos con que Goethe, á la sazón estudiante en Leipzig, perdiera el corazon de su fielísima Käthe, la misma que en sus *Memorias* ha immortalizado bajo el nombre de Aennchen? Y para no citar sinó un ejemplo asaz conocido—la Lotte de los *Werther's Leiden* no es más que el retrato de aquella Carlota Buff de Kestner que casi le enloqueció en Wetzlar. Sinembargo, la Lotte del poeta se diferencia en algo del original; y, en efecto, es en parte el retrato de Maximiliane Brentano con quien tuviera él las originalísimas relaciones que, sin nombrar á la hija de Sophie von La Roche, refiere en el tomo xxiv de sus obras. Esta amada le sirvió, además, de modelo para la Marie del *Clavijo*. Sus

afamados amores con Elisabeth Schöнемann, á quien ha perpetuado bajo el nombre de Lili, se reflejan claramente en *Stella*. Y así sucesivamente. Añadiré solo un ejemplo mas: Mina Herzlieb, la encantadora jóven que encendiera su corazón sexagenario, es el original de la Ottilie de las *Wahlverwandschaften*.

Los amores de Gœthe son numerosos, pero son idilios tiernísimos como el de Friederike, cuando aun estudiara en Strassburg; ó pasiones tremendas como la de Lotte, cuando abogara en Wetzlar; ó desgraciadas simpatías, como la de Charlotte von Stein, en Weimar; ó ciegos caprichos como el de Lili, en Frankfurt; pero amores que conservan siempre su carácter de idilios, y en los cuales se nota una atmósfera de poesía, de ingenuidad, de platonismo. Rara vez hablan los sentidos, y en el largo catálogo de sus amadas, Gœthe tan solo se dejó subyugar por aquellos, en sus amores con la milanese en Roma, con la actriz Corona Schröter en Weimar, y quizá en el comienzo de sus relaciones con Christiane Vulpius, que fué mas tarde su mujer legitima. La tierna Bettina; Marianne von Willemer, á quien ha inmortalizado como Suleika, en el *Westöstlicher Divan*; la misma Ulrike von Lewezow, que fué su pasión de los 74 años; Johanna Fahlmer, con quien tuviera solo pasajeras relaciones en su juventud; todos estos y muchos otros amores del poeta, fueron rapidísimos pasajes de su vida, pasiones fugitivas, pero que importa tener en cuenta, por los rastros que en sus poesías han dejado. No cuento casi entre sus pasiones, el platónico amor de la condesa Auguste von Stolberg, célebre por la correspondencia que bajo el diminutivo de Gutschen mantuvo durante

lárgos años con el amoroso poeta. «Amiga del alma» la llama Goethe : jamás la vió en su vida.

Las mujeres ejercieron en aquella vigorosa naturaleza la influencia mas decisiva. Al lado de esos amores, se nota á cada paso la figura venerable de su jovial madre ; de su sensata hermana Cornelia, á la que ha dedicado bellísimas páginas en *Poesía y Verdad*, —de Sophie von Laroche, su confidenta de largos años ; de Katharina von Klettemberg, á cuya influencia se debe la tendencia místico-cabalística de la segunda parte del *Fausto* ; de la célebre pintora Angélica Kauffmann, con la que estuvo ligado en Roma, y que ha dejado uno de los mejores retratos del excéntrico poeta.

Y paso por alto multitud de otras relaciones con mujeres que, como la gran duquesa Amalia de Sachsen-Weimar, le fué tan útil ; y de amores que, como los de Lucinde y Emilie, durante sus estudios en Strassburg, ó como el de la Meixner, antes de abandonar á Frankfurt, han dejado de ellos sólo fugitivos rastros.

Con casi todas estas mugeres, amadas las unas y amigas las otras, y aun á veces las mismas—como Charlotte von Stein—amigas al principio y amadas al fin, ó al revez—como Katharina Schönhof,—amadas primero y amigas despues ; con casi todas ellas mantuvo Goethe activísima correspondencia, en la cual se refleja ora la intensidad de su pasión, ora los caprichos celosos de su amor. Estas correspondencias han sido publicadas, y la crítica apoderándose de aquellos privadísimos papeles, ha podido reconstruir más de un pasage de la vida de Goethe al parecer oscuro é incomprehensible.

Por otra parte los numerosos amores de Goethe no son, á la verdad, un defecto inexcusable. Uno de los signos más

inequívocos de la celebridad literaria—ha dicho un crítico distinguido—es el agrupamiento que se forma al derredor de un grande hombre de todo una clientela de mujeres, que lo siguen, no solamente como sus admiradoras sinó como sus adeptas; especies de Magdalenas. . . . no arrepentidas!

Y es á la verdad en ese círculo de mujeres que lo adoran y admiran, que es altamente curioso estudiar á un autor. Sainte Beuve ha dicho en alguna parte: dime quién te admira y te diré quién eres—por lo ménos por la forma del talento y del gusto. Sin duda para obtener esa gloria el genio sólo no es suficiente, pues se necesita poseer—como Goethe—un génio particular donde domine el romanticismo y abdique á ratos la razón.

Legouvé ha hecho una finísima observacion sobre este espinoso tema: las mujeres de las celebridades reciben un sello particular del astro en torno del cual gravitan. Así, las mujeres de Rousseau, eran declamatorias; las de Chateaubriand, caballerezcas y cristianas; las de Lamartine, amalgamaban la religiosidad y el amor. Chateaubriand, despues de *Atala* y de *René* las tuvo apasionadas, nobles, tiernas, delicadas, marchando á la cabeza de sus admiradoras la pálida y tocante Mad. de Beaumont. Lamartine, despues de *Raphaël* tuvo multitud de melancólicas y soñadoras Elviras; y despues de *Jocelyn*, numerosas Lorenzas. Rousseau despues de la *Nouvelle Heloïse* y de *Emile* tuvo ese cortejo que encabezan dignamente Mad. de Stäel y Mad. Roland. Las mujeres, como se vé, tomaron parte activa en el movimiento literario, apasionándose con mayor ó menor entusiasmo del poeta ó del autor sobresaliente.

Pero en la multitud de apasionadas de Goethe se observa un carácter distinto: no es, por regla general, el amor de

los seres que confunden mutuamente sus sentimientos, sinó un verdadero culto en que hay de un lado un dios y de otro sólo sacerdotisas. Esa admiracion sin límites que inspiraba Goethe era una pasion intelectual, por manera que sus amadas fueron fieles á su culto, aun cuando el dios las hubiera pronto abandonado para pasar á otras.

Goethe, además, fué uno de los hombres más hermosos de su tiempo. De elevada estatura, distinguido porte, robusta complexion, su notabilísima fisonomia presentaba una ancha y despejada frente, una nariz audazmente acentuada, ojos profundamente penetrantes, lábios finos, corte de cara gracioso y seductor. Era aristocrático aún en sus más mínimas acciones.

Los principales retratos que de él se conocen, son: — el grabado sobre acero del célebre Lavater, (1) que lo representa á los 28 años; el cuadro de May (1779) que lo muestra á los 30; el original dibujo de Tischbein, hecho en Roma (1787); el retrato de Heidelhoff, sacado en Weimar en 1829, cuando el poeta tenia ya 81 años; el de Schwerdgeburth, cuando Goethe contaba 83 años; y el de Preller, tomado de su lecho de muerte, en 1832. Pues bien, en todos estos retratos, apesar de la diferencia sensible que produce la edad, se conservan inmutables los rasgos que he descrito antes: siempre la frente del génio, la mirada de águila, la nariz pronunciada, la boca burlona, la cara noble y respetable.

Goethe ejerció siempre una atraccion irresistible sobre las mujeres; cuando entraba á un salon, las damas todas le rodeaban, le admiraban, se disputaban su conversacion, le demostraban de mil maneras sus simpatias, y le oían con

(1) *Physiognomische Bilder* (1777)

encanto indescriptible, cuando con su dulce y armoniosa voz recitaba algunas de sus últimas composiciones. (1) Las mujeres le adoraban: los hombres lo respetaban: todos lo querían.

En una palabra: Goethe era uno de esos hombres á quienes Natura ha concedido un físico digno del génio que alberga, hermanándose pocas veces tan completamente el inmenso talento de un hombre con más irreprochable belleza. A la verdad que Goethe es de aquellos, segun la expresion del poeta antiguo: —

. *pauci, quos æquus amavit*
Jupiter. (2)

Pero las relaciones de Goethe con las distintas mujeres á quienes por ese hecho ha convertido en célebres, tienen un carácter especialísimo: dominaba en ellas una sinceridad absoluta, cualidad preciosísima que hizo de su individuo una de las personas más seductoras que se hayan conocido, encanto que conservó durante su vida entera.

Los grandes hombres pertenecen á la posteridad, y todos aquellos que la fatalidad ó aún la necesidad ha puesto en contacto con ellos, se encuentran envueltos en su aureola y en su hado, y pertenecen desde entonces, á la vida misma del hombre merced á cuyo reflejo pasan á las generaciones venideras. El hombre de génio debiera ser un grande é irreprochable carácter. De ahí que se escudriñe hasta los más mínimos detalles de su vida, que se examinen como con microscopio, sus debilidades y sus faltas, y que se dé á los cuatro vientos de la publicidad todo cuanto á él atañe. El

(1) Frau von Wollzogen refiere conmovida la recitacion que hizo Goethe de su maravilloso poema i lílico: *Hermann und Dorothea*.

(2) *Æneid* vi 126.

viejo dicho: *verba volant, scripta manent*, ha tenido que ceder ante la curiosidad implacable de la posteridad, y no tan sólo se han publicado las correspondencias de Goethe sinó que aun se han coordinado sus mismísimas conversaciones!

Fácilmente se comprende que es imposible salir ileso de tan inquisitorial exámen: al lado del hombre de talento, que ha legado á los siglos obras maestras, que difícilmente serán sobrepasadas, se dibuja el hombre privado con sus debilidades y sus inconsecuencias, sus faltas y sus defectos. Bajo este punto de vista, nada mas enérgicamente condenable que las relaciones escandalosas del gran poeta con Christiane Vulpius.

Pero este no es argumento sério. Existen — y en la vida diaria se encuentran á veces — grandes caractéres que no son sinó personalidades oscuras, y que, despues de haber cumplido austeramente su deber en esta vida, desaparecen sin haber sido de decisiva utilidad para el género humano. El hombre de génio es á veces un carácter vituperable, pero cruza el globo á la manera de los deslumbradores meteoros, que dejan tras de sí un reguero de luz, y como una *faja* de estrellas. Y bien! la humanidad deberá mil veces mas al hombre de génio, que al de carácter.

Esta cuestion, muy debatida hoy dia — bastaráme citar las polémicas habidas con motivo de la correspondencia de Alfredo de Musset y George Sand, ó las revelaciones de los amores seniles de Sainte-Beuve — está resuelta por la justicia inexorable de los que para admirar exigen conocer y apreciar al hombre que ensalzan. La publicacion de la correspondencia de Goethe produjo, es cierto, un momentáneo escándalo, pero arrojó una vivísima luz en la caracte-

rística del poeta y de sus obras, mostrando la filiación de muchas de ellas. Después de tanto ruido, Goethe ha ganado inmensamente: se le estudia hasta en sus menores detalles, se deploran sus debilidades, pero se vé la influencia que ejercen en los hombres los acontecimientos mas mínimos, las personalidades mas secundarias. En suma, de todo ello se desprende una enseñanza saludable y una glorificación mas en conciencia.

Por otra parte, la superioridad misma de Goethe fué quizá la causa de tantísima pasión, pues, como él mismo ha dicho: « Contra las grandes cualidades de una persona (1), no hay mas salvación que el amor. » Desgraciado, en efecto, del que es indiferente: George Sand ha escrito en alguna parte que el solitario no es sino la sombra del hombre, y aquel que no es amado, está solitario en todas partes y con todos!

Pero antes de entrar decididamente en el estudio que se propone este artículo, me es indispensable dilucidar una objeción que seguramente será hecha por mas de uno.

En efecto, á muchos parecerá irregular que la crítica póstuma escudriñe hasta las debilidades privadas de los hombres célebres, sin respetar la honra de las mujeres incautas que se entregaron en brazos de amores realmente indisculpables bajo el punto de vista de una sana y rigurosa moral. ¿Qué interés tan grande puede tener la posteridad para estudiar los extravíos de la pasión y difamar la memoria de multitud de personas, que mancillaron para siempre el honor de sus familias? ¿Qué ejemplo puede sacarse de hacer desfilar ante la vista atónita de lectores mas ó menos pudorosos, toda una variada galería de jóvenes seducidas, de

(1) Wahlverwandschaften.

mujeres livianas, de esposas adúlteras, de actrices casquivanas? Parece, á la verdad, ser esto el colmo del escándalo y no tener justificación alguna posible.

Triste es decirlo pero sin embargo no hay posibilidad de tergiversar la cuestión:—la personalidad de Goethe, la filiación de sus obras, todo esto es totalmente inexplicable, sinó se estudia el *medium* en que ha vivido el poeta, la sociedad que frecuentára, las personas que lo rodearon. Ante todo es preciso representarse vivamente el estado general del espíritu y de las costumbres del tiempo á que el hombre de génio perteneció. La obra de arte no aparece nunca aislada, sinó que es la resultante de una série de influencias diversas: primeramente está siempre en relacion con la obra total del autor, es decir, que tiene las mismas condiciones peculíarmente esenciales de sus hermanas; depende en seguida de la atmósfera intelectual en que ha vivido el autor, de la familia de artistas que le ha rodeado; y es por último una consecuencia lógica de las costumbres de la sociedad de la época, que tan notable influencia ejerce sobre los grandes hombres.

Taine ha desarrollado brillantísimamente esta doctrina— hoy axiomática—de crítica estética, y en *l'Ecole des Beaux arts* de Paris, le he oído aplicarla con rigurosa lógica al estudio de la arquitectura en Italia. Ya no se pone en tela de juicio esa teoría, y parece inútil detenerme en justificarla. Es solamente aplicándola implacablemente al estudio crítico de los grandes hombres que se puede llegar á asistir, por decirlo así, á la generacion misma de sus obras, descubriendo las causas, ínfimas á veces, que han originado ó influido notablemente en sus principales producciones.

Goethe fué un hombre que jamas produjo nada sino bajo

la influencia avasalladora de la pasión: su génio necesitaba aquel poderoso estimulante; su ardiente temperamento, su imaginación desenfadada lo exigían imperiosas. Sus obras todas no son sino el reflejo de sus amores: no solo sus amadas fueron el modelo de sus obras, como en la Margarita del *Fausto*, en la Klärchen del *Egmont* ó en la Ottilie de las *Wahlverwandschaften*; sino que sus pasiones no fueron á veces sino trasladadas *mutatis mutandis* á sus obras, como en el *Werther*, ó fueron sus amadas las que por capricho exigieron alguna producción, como sucedió con el *Clavigo*, ó con sus poesías durante la época de sus amores con la baronesa von Stein. En todas las épocas de la vida de Goethe, sus amadas fueron la causa generatriz de sus producciones; unas veces indirectamente, como sucedió con las poesías á Friederike; otras, aguijoneado por ellas y aceptando su colaboración, como en el caso de Maximiliane von Willemer. Mas aun: sus primeras como sus últimas producciones son debidas á la pasión:—al amor de quince años por Gretchen, las unas; á la pasión de sesenta y cuatro inviernos por Ulrike von Lewezow, las otras.

En una palabra: estudiar las producciones literarias de Goethe sin tener en cuenta la influencia femenina, es un contrasentido crítico, pues falta el elemento esencial para el juicio imparcial. ¿Cómo comprender sus tiernos idilios de Strassburg, sin recordar que eran verdaderas cartas de amor que enviaba á la hija del párroco de Sessenheim? ¿Cómo apreciar el *Werther*, sin saber que fué la consagración inmortal de su pasión desgraciada por Charlotte Buff de Kestner? ¿Cómo juzgar el *Clavigo*, sin mencionar que fué escrito en una semana para satisfacer los caprichos de Johanna Fahlmer? ¿Cómo justificar lo pulido y acabado

de sus obras de Weimar, sin revelar que su amada la baronesa von Stein diariamente las leía, criticaba, hacía corregir, instaba, rogaba, hasta que la obra de arte estuviera perfecta? ¿Cómo darse cuenta de muchísimas estrofas del *Westöstlicher Divan*, sin indagar que su querida Maximiliane von Willemer ha colaborado largamente allí? ¿Cómo alcanzar el objeto del poeta al pintar el feo carácter del amante en *Götz von Berlichingen*, sin fijarse en que fué ello una especie de satisfacción dada á su conciencia para acallar sus remordimientos por el abandono de Friederike? ¿Cómo comprender *Erwin und Elmire* — *Claudine von Villa Bella* y *Stella*, sin traer á la memoria la dramática pasión por Elisabeth Schönnemann?

Vuelvo á repetirlo: la moderna escuela de crítica histórica exige que se estudie la obra de arte analizando todos los antecedentes y factores que en ella han podido hacerse notar, para saber á punto fijo en qué ha consistido la influencia del siglo, de la sociedad, de los amigos y del autor. De ahí que la novísima crítica literaria haya abordado valerosamente este estudio. He elegido lo que á la influencia que las mujeres ejercieron en las obras de Goethe se refiere, porque me parece cuestión importantísima, curiosa, y poco dilucidada, á pesar de las voluminosas obras que únicamente sobre Goethe y sus amadas han escrito Diezmann, Belani, Schmidt, Düntzer y Reidt. (1) No entraré por cierto en el exámen minucioso que alguno de estos autores

(1) La escuela crítica francesa no es en esto mas que el reflejo de la alemana. Sainte Beuve en sus *Causeries du Lundi* ha emitido mas de una erradísima apreciación; A. Hédouin es mas completo, pero aun deficiente.—Estando en prensa este trabajo, mi amigo el doctor A. Navarro Viola me ha facilitado el libro de Blaze de Bury (*Les maitresses de Goethe*) que estudia la cuestión bajo un punto de vista distinto del mio.

hace de las pasiones de Goethe, tratando de indagar el cómo y cuándo de la falta; ni me servirá tampoco de la crónica escandalosa de la época, ó de la correspondencia, mas ó menos exaltada, de alguna de aquellas mujeres: quiero simplemente, valiéndome de las obras del poeta mismo, sobre todo de *Poesía y Verdad*, rastrear aquellos amores, medir su intensidad, apreciar su influencia é investigar el recuerdo que en las obras de Goethe dejáran. De esa manera podrá juzgarse hasta qué punto influyó la mujer en aquella naturaleza ardiente, y cómo la posteridad debe la existencia de muchas obras maestras del gran poeta, á las debilidades de vírgenes deslumbradas ó de esposas enceguecidas. El tema es espinoso: — *Honni soit qui mal y pense*, debe ser exclusivamente la divisa del que estas líneas lea.

Por otra parte, no pueden juzgarse las relaciones que me propongo examinar, sinó con el criterio social del final del siglo XVIII y principios del actual: entre el escritor y su época hay una alianza y una armonía tal, que es con el estado general de las costumbres y del espíritu público entonces, que deben criticarse aquellos amores, que un ermitaño ó un cenobita condenaría sin trepidar. En aquella época extraordinariamente agitada, en que se derrumbaba con inusitado estrépito la vieja civilización europea heredada de Luis XIV, y en que las masas populares, lanzadas sin contrapeso en la ruta misteriosa del porvenir, conmovieron el antiguo continente con la Revolución Francesa, desorganizando las viejas sociedades con las guerras napoleónicas — en esa época de transición, habiendo desaparecido la rigidez afectada de la herencia medieval, y no acentuada todavía la moderna cultura, reinaba en todas partes, en las altas como en las bajas clases, en los países del norte como en los del

sud, una confusion tremenda en las ideas y en las obligaciones. El sacudimiento fué tan espantoso, la revolucion social tan profunda, que nada resistió al relajamiento general: las costumbres, como las demás cosas, sufrieron igual influencia, entronizándose entoncas la elegante disolucion del Directorio, la corrupcion brillante del primer imperio.

Brandes (1) ha sintetizado claramente en pocas pero eloquentes páginas aquel estado de cosas: ni me corresponde tampoco trazar ese cuadro, que me alejaria de mi objeto. Baste decir que fué en esa época y en esa sociedad que vivió y se desarrolló Goethe, para comprender la estraña facilidad de sus amores, ó la rara persistencia de sus amadas.....

Quince años tenia Goethe, y hasta entonces educado por su padre —hombre recto y de profundos conocimientos,— y por su madre,—cuyo jovial carácter y sano criterio tanta influencia ejerció sobre él—no habia frecuentado la escuela, ni cultivado amistades sinó con niños de intachable familia. La distinguida posicion social que en Franckfurt tenia su familia, pues su abuelo era burgomaestre y su padre un jurista de fortuna, hacia que el futuro poeta solo estuviera en relacion con la mejor sociedad. La casualidad lo puso en contacto, sinembargo, con un círculo de muchachos alegres y algo livianos, y pronto contrajo con ellos la mayor intimidad, aunque se veia forzado á ocultar esta relacion en su casa.

Una noche se encontradan reunidos en casa de uno de ellos, y acababan de concluir el vino que prolongaba la larga sobremesa. La sirvienta estaba ya acostada, y man-

(1) En su excelente obra: *Die Haupt-strömungen der Literatur des neunzehnten Jahrhunderts* (1874.)

dan buscar lo necesario á la hermana de uno de ellos. Aquella muchacha era de extraordinaria hermosura: la modesta cófia que adornaba su cabeza, dejaba contemplar un bien torneado cuello, unido á un cuerpo perfectamente proporcionado. Al salir de la pieza pudo mirársela con mayor libertad, cuanto que la atencion no estaba absorbida por sus ojos azules y tranquilos, y su encantadora sonrisa. Esa mujer era Gretchen.

«La figura de aquella muchacha, dice Goethe, me persiguió desde ese instante por todas partes y en todos los rincones: era la primera impresion duradera que me habia hecho una mujer, y como no podia encontrar pretexto para verla en su casa, por amor á ella, frecuenté la iglesia, y pronto descubrí donde se sentaba, de manera que podia contemplarla á voluntad durante el largo servicio protestante. A la salida no me atrevia á hablarla y menos á acompañarla, y me sentia feliz cuando me habia notado, y á mi saludo contestaba con una sonrisa.» (1)

La vieja historia, eternamente conocida y eternamente nueva! Y en verdad que las primeras inclinaciones del amor en la juventud toman siempre un cierto carácter ideal: parece como si la naturaleza exigiera que se descubra en el otro sexo la personificacion de lo bueno y de lo bello.

Aquella pasion pronto fué creciendo con extraordinaria fuerza. Gretchen, muchacha púdica y sensata, dos años apenas mayor que su jóven amante, abría tambien su corazon virjen aun, á las purísimas impresiones del primer amor; y sin sentirlo, sin darse cuenta, sus lindísimos ojos, melancólicamente azules, se reposaban mas de una vez distraidos

(1) *Aus meinem Leben* XXII.

en la figura de Goethe. Habia sin duda en aquella comportacion inconsciente, en aquella mirada meditabunda, un algo de esa encantadora é inexplicable vaguedad que se apodera de la mujer cuando por vez primera su corazon late con violencia, y se inclina, sin quererlo, sin pensarlo casi, á un hombre cualquiera. Goethe, por su parte, habia olvidado todo, ya no se acordaba de que su familia ignoraba y desaprobaba aquello, que se retiraba tarde de la noche á su casa, que su sempiterna distraccion preocupaba vivamente á su cariñosa madre; nada de esto pasaba siquiera por su imaginacion: dia y noche, en su casa ó en la calle, conversando ó callado, tenia siempre una figura delante de si, aquellos grandes y encantadores ojos le seguian por doquier

*De mi alcoba en el ángulo los miro
Desacidos fantásticos lucir :
Cuando duermo, los siento que se ciernen
De par en par abiertos sobre mí.*

podia decir con el poeta. Su mayor goce era estar en la misma pieza que ella, sentarse á su lado, tocar su vestido, sentir sus movimientos, encontrar su mirada, y con mano temblorosa rozar sus largos y sedosos cabellos. Por qué hacia esto? No lo sabia ni queria saberlo: en ello encontraba deliciosos y encantadores goces--era feliz, feliz en toda la estension de la palabra! Y por sus venas corrian torrentes de fuego, se encendian sus mejillas, temblaba su voz y se desvanecia su cabeza, cuando leyendo en alta voz algun libro, venia silenciosamente Gretchen por detrás, y apoyando con dulce suavidad su mano en su hombro, miraba al libro, con su cabeza tan cerca á la de Goethe que éste sentia rozarse de momento en momento

los cabellos, y percibía el aliento tibio de su amada!.... (1)

Cincuenta años despues, habiendo tenido numerosas pasiones, presa entonces de una violentísima, el viejo Goethe describe aun aquel primer é inefable amor con un lujo de colorido, un sentimiento tan profundo, y un respeto tan grande, que conmueve verdaderamente al lector. La fuerza misma del dolor que espresa Goethe en sus *Memorius* demuestra una vez mas que no se puede describir semejante estado del alma sinó á la distancia del recuerdo; pues cuando se está embargado por el sentimiento, el alma es incapaz de pintarlo, « los dolores cantados—háse dicho con razon, son dolores calmados.» Pero durante su vida entera lo persiguió aquel recuerdo, y al trazar los rasgos purísimos de la poética Margarita en su inmortal *Fausto*, ha logrado envolver á su heroina con un velo de virginal pudor y de respeto, que la han hecho el prototipo de la belleza pura é inocente.

Y, sinembargo, aquel primer amor concluyó mal. Tuvo lugar por entonces la coronacion del emperador José II en en Frankfurt, y en medio de sus esplendorosas fiestas, vino á descubrirse que entre aquellos amigos ocultos del nieto

(1) Goethe mismo mas tarde, acordándose de su primera amada, cuando escribia en Roma su *Torquato Tasso*, la aplicaba los célebres versos del gran poeta italiano:—

Fa nove cresse l'aura al crin disciolto,
Che natura per sè rincrespa in onde,
Stassi l'avaro sguardo in sè raccolto,
E in tesori d'Amore, e i suoi nasconde.
Dolce color di rose in quel bel volto
Fra l'avorio si sparge e si confonde:
Ma nella bocca, oud' esce aura amorosa,
Sola roseggia e semplice la rosa. (*)

(*) Tasso (Gerusalemme liberata.)

del burgomaestre habian falsificadores y estafadores. Vióse envuelto el jóven Goethe en tan desagradable historia, y aunque se comprobó su inocencia, Gretchen al declarar ante el tribunal, dijo que habia considerado á Goethe únicamente como un niño, y tenido para él solo un amor de hermana!..... Cuando el enamorado poeta supo aquello, fué tal su desesperacion, su rabia, su pesar, que cayó seriamente enfermo!

Repuesto de sus dolencias, su ofendida vanidad pronto cerró la herida que aquella declaracion de Gretchen le causára, y se entregó á sus estudios preparatorios para ingresar á la Universidad, á fin de cursar Jurisprudencia. Su padre queria hacer de él un abogado, y era uno de esos hombres, que creen ser inflexibles cuándo son simplemente duros: Goethe no tenia inclinacion alguna á la carrera, pero se vió obligado á ceder.

En Leipzig se ligó pronto con un círculo de amigos distinguidos: Schlosser, su futuro cuñado, Liscow, Rabener y otros. En cuanto á sus estudios universitarios, poco provecho le dieron, y de la impresion final que le quedára, ha dejado una elocuente confesion en la célebre conversacion del discípulo con Mefistófeles en el comienzo del *Fausto*. Pero en cambio frecuentaba el teatro y la sociedad elegante del «pequeño Paris.»

Schlosser, con quien se habia ligado intimamente, le condujo á la casa y á la mesa del posadero C. G. Schönkopf. Allí, durante la comida, en la sobremesa y en las largas veladas del invierno, conversaba Goethe con la hija del dueño, muchacha algunos años mayor que él, pero profundamente sensata, y que tomaba el mas grande interés en sus trabajos, y le hablaba de ellos, dándole con franqueza su opinion. Käthe era una jóven hermosa y seria: los re-

tratos que de ella se conservan denotan una persona en extremo simpática é inteligente, y su ancha frente parece traicionar la habitud de la reflexiva meditacion. Era una mujer bien hecha, aunque pequeña; de cara ovalada pero agradable, apesar de que su belleza no era extraordinaria; sus modales eran abiertos, francos, alentadores; su inteligencia muy dispuesta, si bien es cierto que no poseia grande instruccion.

Goethe en sus *Memorias* la llama Aennchen, y dice de ella que «nada especial podria caracterizarla, sinó que era jóven, bonita, viva, amable y tan agradable, que merecia bien ser adorada como una pequeña santa en algun rincon del corazon.» (1)

Aennchen, ó más bien Käthe Schönkopf, lo dominó por completo apesar de la preponderante influencia que sobre él ejerció la amable esposa del profesor Böhme. Entónces se ensayaba recien en la poesia, y sus versos no le llenaban: su amada le alentaba, le consolaba, le ayudaba á sobrellevar sus malos ratos, demostrándole el amor mas acendrado, la abnegacion más completa, la pasion mas pura. Parecia como si viviera solo para complacer á Goethe, adivinaba hasta sus caprichos, todo le facilitaba, y siempre rendida, jamas fatigada, estaba pronta para la menor indicacion. Goethe correspondia á su amor, y pasaba en aquella casa los momentos mas deliciosos; pero como sucede en esos casos, viendo el completo imperio que sobre ella ejercia, vinole á la mente el ponerlo á prueba sometiéndola á los mas mínimos caprichos, aprovechando los mas fútiles pretextos para provocar violentas escenas de celos. La amaba

(1) *Dichtung und Wahrheit* xxiii.

profundamente, y encontraba un extraño pero vivísimo placer en verla sufrir por él, y se mantenía inflexible, obligándola á que se humillase para solicitar su perdón. Y ella le amaba tanto, tanto, que no se quejaba siquiera, y lloraba y se esforzaba en ser aun mas complaciente, mas sumisa....

Aennchen amaba con toda su alma y sin apercibirse de los choques que produce la union de una mujer amorosa y un hombre de imaginacion, creyó que podría hacer la felicidad de Goethe: simple é ingénua, no conocía ni la coquetería de lo prohibido, é ignoraba el imperio que adquiere una mujer viva sobre un enamorado por medio de hábiles caprichos!

Pero Goethe abusó de aquella caprichosa tiranía, y cansada, herida, ultrajada, Käthe por aquellos suplicios sin fundamento, se retiró poco á poco del poeta, jurando extinguir su amor. Y lo consiguió. Cuando el jóven estudiante se apercibió de ello, creyó al principio que aquella frialdad era aparente, y solicitó una reconciliacion. Ante la negativa, su pasion, comprimida hasta entónces, estalló con furia, y pasando por todos los tonos de la súplica y por todas las inflexiones del ruego, pidió, lloró, exigió, se humilló, se arrastró á sus piés.... todo fué en vano, y despues de violentísimas escenas, convencido de que había perdido para siempre á su amada, y de que su pasion para ella era intensa y subyugadora, cayó en una melancolía profunda.

Y fué tanta la impresion que aquello le produjo, que decidió dramatizar aquel episodio de su vida, y febriciente, loco, arrebatado, escribió en breves dias su primer pieza: *Die Laune des Verliebten* -- ¡Los caprichos del enamorado....! Este juguete poético, escrito en versos alejandrinos, y cuya importancia es solo histórica, en tanto que

sirve para el conocimiento del desarrollo de aquel espíritu maravilloso, es la historia de su pasión desgraciada, en una imitación del género del Tasso y de Guarini. A la misma época y á idénticas causas corresponde su otra pieza: *Die Mitschuldigen*.

Sin embargo, no fué del todo infructuoso el resultado de los esfuerzos de Goethe para con Aennchen, y si bien no conquistó de nuevo su amor, contrajo con ella íntima amistad; y muchos años despues, su correspondencia con Katharina Schönpkopf era tan cordial como al principio.

Pero, con todo, las consecuencias inmediatas fueron desastrosas: creyó curarse de su amor echándose en brazo de los excesos y de los placeres, y su salud fué quebrantándose poco á poco, hasta que se postró completamente. Volvió á Frankfurt á los 19 años, enfermo, desencantado, y sin haber cursado sus estudios de Derecho. Su padre, severo y duro siempre, no perdía ocasion de hacerle sentir su profundo desagrado, y durante el año y medio que pasó en su casa, apesar de los cuidados cariñosos de su madre y de su hermana, vivió completamente mártir.

Goethe ha trazado de su familia el cuadro mas encantador: su padre, hombre de vasta instruccion, pero caprichoso, aislado del mundo, duro é inflexible, frio, severo, formalista; su madre, jóven aún, cariñosa, instruida, amante, alegre, sensata y fina—la *frau Aja* de *Poesía y Verdad*; su hermana, apenas un año mayor que él, era el retrato de la madre. La pintura que hace de su amistad con su hermana Cornelia es inimitable: ligados estrechamente, siempre juntos, siempre en comunión de ideas, de sentimientos, de aspiraciones, consolándose el uno al otro de la tiranía del padre, iban creciendo ambos mas como amantes que como

hermanos. Cornelia, al decir de su hermano, era grande pero delicada, y tenia en su aire algo de ingenuidad, que se confundia en blanda dulzura. Los rasgos de su fisonomia no eran extraordinarios ni aun bellos, pero traicionaban un sér que no era ni poder ser egoísta. Sus ojos no eran los mas lindos que se hayan visto, pero sí los mas profundos y tras de los cuales mas se adivina, y que cuando sentian alguna inclinacion ó algun amor, brillaban con un brillo sin igual; y sinembargo, esa expresion no era tierna como la que proviene del corazon y que al mismo tiempo trae consigo algo del deseo y de la exigencia: venia mas bien del alma, era rica y completa, y parecia querer solo dar y dar, sin haber menester recibir (1).

Pero quien mas trascendental influencia ejerció sobre él entonces, fué Katharina von Klettemberg, mujer de grande instruccion, pero mística y teosófica. En sus largas conversaciones con ella, encontró Goethe el estímulo para entregarse á la alquimia y á estudios cabalísticos. Pronto fué esta su única ocupacion y Katharina von Klettemberg su mejor amiga: de ella ha dejado un bellissimo retrato en las *Bekenntnisse einer schönen Seele*, incorporadas mas tarde al *Wilhelm Meister*.

De resultas de semejante modo de ser, su padre decidió mandarlo á la Universidad de Strassburg, para que concluyera sus estudios profesionales. Allí le aguardaban una série de acontecimientos que fijaron para siempre su porvenir.

En aquella Universidad, alemana por tradicion apesar de ser francesa de nombre, los estudios de Derecho eran en

(1) *Dichtung und Wahrheit*, xxiii y xxiv.

extremo sencillos, y fácil la promocion. Goethe en casa de la dama Lauth entró en relacion con un círculo distinguido de amigos, de los que mencionaré tan solo al célebre Yung Stilling, y á Franz Lersé, uno de sus mejores amigos, y á quien ha personificado en su magnífico drama «*Goetz von Berlichingen*». La amistad que contrajera allí con Herder le desvió de la tendencia literaria francesa, para arrojarle en plena corriente germánica, y su carrera literaria recibió indudablemente importantísimo impulso de aquella estadia.

Pero no puedo ni quiero entrar en ese exámen: mi objeto es otro, y á fe que fué en aquella época que Goethe sintió el amor mas profundo y mas intenso de su vida. Jamás lo olvidó, apesar de todo, y los dias de Sessenheim quedaron en su vida como aquellos que florecen una vez pero no mas. El encanto del mas puro y tiernísimo amor se apoderó por entero de su alma, y su génio poético trasladó al ritmo los sentimientos que agitaban su corazon. Sus poesias de entonces son la obra maestra del lirismo, y consideradas como las mejores producciones de ese género.

Nada mas curioso que la historia de esos amores, y Goethe la ha escrito con un candor y una ingenuidad inimitables. (1)

Incitado por Herder á coleccionar poesias populares, acostumbraba hacer frecuentes excursiones en las poeticas aldeas de los alrededores de Strassburg. Uno de sus amigos, Weyland, discutiendo un dia sobre la bellissima obra de Goldschmidt: *The Vicar of Wakefield*, se comprometió á introducirlo en él seno de un hogar que habria podi-

(1) *Aus meinem Leben*, XXIII y XXIV.

do servir de modelo para el del doctor Primrose. Goethe aceptó, pero á la condicion de que iria pobremente vestido y pasaria por un estudiante de teologia. Dirijense ambos amigos á caballo á Drüssenheim, y de ahí pasan á Sessenheim, donde, sin detenerse en la aldea, siguen hasta la casa del cura.

El camino conducia por entre arboles y plantio, ostentando esa limpieza y ese bienestar tan característico de las aldeas alemanas. Allá en el fondo se divisaba una casita, de estilo antiguo, cubierta por enredaderas, rodeada de arboleda, y precedida de un jardin. Todo tenia alli un cierto tinte poético, y el mismo silencio, la plácida tranquilidad que se notaba, recordaban esos paisajes campestres en que tanto descuella la escuela holandesa. Parecia como si se respirara la felicidad y el contento por doquier.

Solo habia una persona en la casa: era el pastor. Viejo, de estatura baja, su exterior denotaba la beatitud mas completa. Decididamente no habia nubes en aquel cielo. Ofrece á los visitantes un refresco, y Goethe se queda conversando con él, mientras su amigo va á buscar al resto de la familia, que estaba paseando en la quinta.

Pronto vuelve acompañado de la madre y las dos hijas. La madre era una mujer delgada pero fuerte: su fisonomia denotaba que debia haber sido hermosa en sus mejores años, aunque entonces solo reinaba en ella la calma y la tranquilidad mas seductora. La hija mayor, inquieta, móvil, alegre, formaba agradable contraste con su hermana menor. Ambas estaban vestidas con el trage nacional aleman, en vez de la moda francesa, y aparecian así aún mas encantadoras. La menor vestida vistosa pero sencillamente, lucia un finísimo talle, un elegante cuerpo, y un pié encantadora.

mente pequeño. Su rubia cabellera, sujeta en artísticas trenzas, caía sobre las espaldas; sus alegres ojos azules, su mirada candorosa, la nariz coquetamente respingada: todos esos detalles completaban aquella bellísima figura. Añádase á eso la natural desenvoltura que se adquiere en el campo, y que conserva sin embargo la mas exigente inocencia, y se tendrá una idea de lo que era Friederike, la hija segunda del pastor Brion.

. . . . Imposible me seria seguir paso á paso aquel idilio, imposible referir aquella historia, cuando el mismo Gœthe ha dejado sobre ella una de las mejores páginas de sus obras. Poco á poco, la natural simpatia del momento fué convirtiéndose en una tranquila pasion; y ora paseando, tomados de la mano, bajo los frondosos árboles del jardin, ora sentados al rededor de la hospitalaria mesa del pastor, ora en su frecuente correspondencia: en todos los instantes, durante meses enteros, ambos amantes vivieron felices, gozando de una existencia sin nubes, llenos de contento y de goces. Friederike con su carácter profundamente bondadoso, era uno de esos seres que aman solo una vez en este mundo, pero que cuando aman, lo hacen con toda su alma, con todo su corazon. Aquellas conversaciones en la glorieta del jardin, aquellos paseos á las islas del Rhin, aquellas cabalgatas nocturnas á la luz de la luna, aquellas confidencias íntimas, esa confianza sin límites, esa abstraccion completa de si mismo para pensar solo en el objeto amado, ora cuando está cerca, ora cuando se comunica con él, si está lejos — en una palabra, un idilio semejante al de Gœthe y Friederike, sobrepasa el ideal de la felicidad en el amor, las exigencias del corazon mas caprichoso! Vibran estrañamente las fibras mas recónditas del alma cuando se leen y se vuelven á

leer las páginas encantadoras en que Goethe recuerda los « días de Sessenhein. »

Pero ¡ay! está escrito que la felicidad completa es imposible en este mundo, y que aún en el cielo mas puro, vendrán nubes á empañar su brillo!

En el interin, habia concluido Goethe sus estudios en la Universidad, y se habia graduado de doctor en Jurisprudencia. Se acercaba el momento en que debia regresar al seno de su familia, y recién entonces la cruel realidad vino á rasgar el poético velo en que habian estado envueltos sus amores. Era necesario partir, y separarse de Friederike! Separarse! . . . la palabra era fatal: destrozar un corazón puro, caer del quinto cielo á la prosáica plitud de la vida, dar á entender que un casamiento era imposible entre él, el hijo de la familia aristocrática de Frankfurt, y ella, la hija de un oscuro pastor de aldea! (1) Renuncio á describir la

(1) Feuchtersleben ha expresado este intensísimo dolor en versos populares hoy en toda Alemania, pero ninguno ha manifestado ese cruel sentimiento con mayor energía que el inmortal Byron en sus célebres versos:

Farewell! if ever fondest prayer
For other's weal avail'd on high,
Mine will not all be lost in air,
But waft thy name beyond the sky,
'T were vain to speak, to weep, to sigh:
Oh! more than tears of blood can tell,
When wrung from guilt's expiring eye,
Are in that word—*Farewell!*—*Farewell!*

These lips are mute, these eyes are dry;
But in my breast and in my brain,
Awake the pangs that pass not by,
The thought that ne'er shall sleep again.
My soul nor deigns nor dares complain,
Though grief and passion there rebel:
Y only know, we loved in vain—
Y only feel— *Farewell!*—*Farewell!*....

escena tocante de su despedida, no quiero relatar siquiera como, ya á caballo, tendiera Goethe la mano á su amada, y Friederike prorrumpiera en llanto!...

Y aquel amor, jurado como eterno tantas veces, sellado con las estrofas mas ardientes que jamas haya producido el poeta, por el bellissimo ciclo «A Friederike», que contiene versos como *Nähe des Geliebten, An die Erwählte. Will kommen und Abschied*; aquel idilio se desvanecia del todo, hecho pedazos los lazos de flores que unian á los amantes!...

El dolor de Goethe fué intensísimo, y cuando desde su casa escribió á Friederike que era necesario olvidar aquel amor, esta le contestó con una conmovedora carta que estaba resignada, pero que le costaba su vida, pues jamás lo olvidaria...Y cumplió su palabra:--« Una mujer que se estima, decia años despues Friederike, no debe amar verdaderamente sino una sola vez en su vida, y la mujer que ha amado á Goethe no puede mancillar su corazon con una nueva pasion, inferior siempre á la primera.» Vivió el resto de sus dias melancólicamente reconcentrada dentro de si misma y murió en 1813 soltera. Hasta sus últimos momentos pensó en su amado de otro tiempo, cuyo nombre á poco andar llenaba al mundo, y cuyos libros eran arrancados de las manos! Habia jurado amor eterno, y era demasiado pura para olvidar su pasion: fué fiel hasta su muerte.

Goethe mismo jamás la olvidó, y le quedó durante su vida entera el remordimiento de haber tronchado aquella flor, y de haber abandonado á su amada. Aquel recuerdo le amargó su existencia, y vuelve persistente al travez de los años y apesar de las nuevas ocupaciones.

Años despues, siendo viejo, volvió Goethe á ver su amada Friederike, y aquella postrimera entrevista fué tiernamente

conmovera: se separaron ambos reconciliados, sometido cada uno á su destino.

El poeta confiesa en su autobiografía (1) que ambas Marias de *Götz von Berlichingen* y de *Clavigo*, como las feas figuras de sus amantes, fueron el resultado del arrepentimiento que sintió por haber abandonado á Friederike.

Y bien!—el idilio es hermoso, pero cuando se examina el asunto mas de cerca, el papel de Goethe no fué, quizá, el que mas le favorece. Amar y ser amado, comprometer á una virgen con cantos y promesas, y abandonarla despues, es una accion que no la excusa ni el destino ni el temperamento, ni la admiracion póstuma. Las bellisimas páginas que aquella triste pasion le inspiró, no justifican su lijereza de estudiante. Se dirá quizá que los hombres son por lo comun así, que Lamartine, por ejemplo, abandonó tambien á Graziella en esa ribera poética

. ou la mer de Sorrente
Déroule ses flots bleus aux pieds de l'oranger,

pero todo ello no seria suficiente para cohonestar aquella pasion, y para celebrar en su honor fiestas tan espléndidas, como las que presenciaron las tranquilas cercanías de Sessenhein el año pasado.

Hónrese en buena hora á Goethe, y todos aquello que le admiramos sinceramente nos regocijaremos de ello. Los alemanes tienen justamente esa bella cualidad: saben honrar sus grandes hombres, sobre todo, sus grandes poetas. Es que en Alemania, como lo reconocen los mismos franceses, la literatura está mas íntimamente ligada que en cualquier otra parte al renacimiento de su nacionalidad; es que en

(1) *Dichtung und Wahrheit*, XXIV.

medio de la division impuesta por la política á sus estados diversos, frecuentemente rivales, algunas veces enemigos, la literatura ha preparado la unidad de la pátria, que debia ser consolidada por las armas. Sea, todo eso es muy cierto; pero es de sentirse que aquellos amores juveniles del gran poeta hayan sido escogidos para una manifestacion póstuma.

Pero Friederike no es mas que un episodio. En *Dichtung und Wahrheit* se encuentra despues de Gretchen y Katharina Schönkopf, y antes de Lili y de Lotte. *Madammina, il catalogo e questo*, canta Leporello en *Don Juan*: Goethe se ha encargado de poetizar él mismo su catálogo!....

II

Acabo de recordar, pasándolos lijeramente en revista, los amores del gran poeta aleman durante su juventud y hasta que terminó sus estudios universitarios. Hasta entonces puede decirse que sus tres pasiones habian tenido diverso desenlace: Gretchen le fué arrebatada en Frankfurt, Aennchen lo dejó en Leipzig, y él á su turno, abandonó á Friederike en Strassburg. Sus primeras producciones literarias habian nacido, pues, al calor de tres amores.

Pero ahora que el jóven doctor Goethe ingresaba al foro de su ciudad natal, despues de tan dolorosas esperiencias, parecia como si debiera entregarse solamente al estudio de la abogacia, y cuando más vivir de los recuerdos. Tal sucedió en los primeros tiempos.

Ensimismado por completo en su dolor, con el pensamiento siempre fijo en Friederike, remordiéndole la conciencia su

resolucion, el novel abogado acostumbró aislarse de la sociedad y vagar al acaso por las calles y los alrededores de Frankfurt. Frecuentemente se le veia cruzar los campos solitario, cantando á voz en cuello los himnos y los diti-rambos mas extravagantes que le sugeria su ardiente fantasía. Es así como compuso muchas de sus mas conmove-doras poesías, como el *Wanderers Sturmlied* y otras.

De tal manera estaba abstraído, que ni siquiera se aper-cibió del violento amor que habia inspirado á una dama de la mejor sociedad, y solo largos años despues de muerta es-ta, vino á saber que habia sucumbido víctima de una pasion que jamas habia él sospechado. (1)

Preocupado con esto su viejo padre, le envió á Wetzlar, asiento de la afamada Cámara de Justicia del « Santo Impe-rio Romano de la Nacion Alemana,» para que practicára allí. En esa ciudad trabó, como era natural, estrecha amistad con los jóvenes que se encontraban allí con idéntico objeto; von Goué, Kestner, von Kilmannsegg y otros.

La casualidad le condujo á casa del mayor Buff, la hasta el día de hoy célebre *Deutsches Haus* de Wetzlar, y conoció allí á su hija Carlota. Abrevio: -- la historia es por demás conocida. Verla, amarla, frecuentar su casa, saber que era la prometida de su amigo Kestner, apasionarse mas y mas, separarse bruscamente de ella por consejo de Merck, man-tener con ella y su prometido ardiente correspondencia, y aumentar día á día prodigiosamente su ardiente pasion— hé ahí el drama que se desarrolló en pocos meses de perma-nencia en Wetzlar. Goethe en *Poesia y Verdad* le dedica pocas líneas: se refiere simplemente al *Werther*... Los

(1) *Aus meinem Leben*, xxiv

Werther's Leiden, libro escrito en cuatro semanas, reproduciendo testualmente parte de su correspondencia con Charlotte von Buff, es la historia verídica, la confesion sincera de aquella pasión. Su amada ha sido retratada fielmente en la Lotte del libro; Kestner está personificado en el Albert. . . tengo necesidad de agregar más? ¿Quién, que se precie del mas insignificante conocimiento de la moderna literatura, ha dejado de leer el *Werther*?

En ningún otro libro están tan bien dibujados los mas finisimos tintes, las mas ocultas inclinaciones, las mas purísimas cuerdas del sentimentalismo de una alma profundamente apasionada. El *Werther* produjo una verdadera revolucion social y literaria; y aun hoy día, mas de un siglo despues de haber sido escrito, produce una tremenda impresion en las imaginaciones juveniles. Que purísimo análisis psicológico! Que cuadros, que retratos! En una palabra, paréceme un sacrilegio detenerme á hablar de un episodio immortalizado por un libro que está en todas las bibliotecas, y cuya lectura vibra en todos los corazones.

Pero conviene quizá aclarar una frase que he lanzado en los comienzos de este estudio. He dicho que en la Lotte del *Werther* habia dos retratos: el de la primera parte, cuando Lotte es aun soltera, sin duda es el de Charlotte Buff, pero el de la segunda parte, cuando Lotte es casada, es el de otra mujer. En efecto, cuando Goethe, por consejo de su amigo Merck, abandonó precipitadamente á Wetzlar, emprendió un viaje por el Rhin con el objeto de distraerse. En uno de los mas poéticos lugares del maravilloso rio, al pié del legendario castillo de Ehrenbreitstein, vivia una familia distinguidísima

y con la que estuvo ligado durante toda su vida: me refiero á la familia del consejero von La Roche.

La mujer de este, Sophie von La Roche, era una dama altamente instruida, ya de edad, pero conservando toda la distincion y la elegancia de su aristocrática juventud. Con ella mantuvo Goethe una no interrumpida correspondencia durante el resto de su vida: fué su confidenta y consejera en todos sus asuntos literarios y en sus penas morales. La mayor de las hijas, Maximiliane, era mas bien baja que alta, de fisonomia simpática, y de ojos extraordinariamente negros y brillantes, respirando salud por sus sonrosados colores. Instruida y de agradable conversacion, sabia siempre interesar á su interlocutor, y entregarse á reflexiones que demostraban un juicio asaz maduro para su edad.

Goethe con el corazon lacerado aun por el recuerdo de Lotte, se dejó arrastrar insensiblemente por la influencia subyugadora de Maximiliane, la cual pronto estuvo perdidamente enamorada de él. «Es una sensacion agradable, ha dicho en alguna parte el poeta, cuando comienza á nacer una inclinacion, no estando aun apagada la anterior. Por eso es que á la caida del sol, se mira á veces con placer en el extremo opuesto la luna que se levanta, y el alma se complace con ese doble brillo de las luces del cielo.» (1)

Poco tiempo despues Maximiliane von La Roche era casada con Brentano, ya viudo y con hijos: vinieron á vivir á Frankfurt, y Goethe fué á poco andar el mas íntimo amigo de la casa. Maximiliane le amaba con pasion, pero Goethe no sentía por ella sinó un cariño fraternal: era su confidente, la alentaba, y la aconsejaba en su malhadada situacion.

(1) *Dichtung und Wahrheit*. XXIV

Aquello se le hizo intolerable, pues en el interin su amor por Lotte no hacia sino crecer, y la noticia del próximo casamiento con Kestner le habia sumido en las mas negras ideas de suicidio. Es curioso leer como describe y justifica su estado en *Poesía y Verdad*.

Abreviando: vino la catástrofe del misero Jerusalem, y aquella pasion contenida desbordó: el *Werther* fué escrito. Pero Maximiliane estaba demasiado presente para que no se deslizara por la pluma del poeta, y en efecto, Lotte casada, es el retrato de la hija de Sophie von La Roche. ¡Cosa rara! La hija de Maximiliane, la poética Bettina, debia mas tarde enamorarse á su turno perdidamente del anciano Goethe, y cometer por él ruidosas locuras!

Una de las cosas que mas desesperaban á Goethe era la repeticion de sus amores; se consideraba verdaderamente desgraciado por ser susceptible de apasionar y apasionarse aun contra su propia voluntad. «Nada aumenta tanto el desencanto de la vida, ha dicho él, como la vuelta del amor. El primer amor se dice con razon que es el único: pues en el segundo y por el segundo, desaparece ya la altísima concepcion del amor ideal. La idea de lo eterno é infinito, que caracteriza al verdadero amor, no puede ya existir, y este aparece pasajero como todas las cosas. Desde ese instante, el amor cede su lugar al capricho ó á la pasion.» (1)

El éxito asombroso del *Werther* puso á Goethe en contacto con todos los escritores distinguidos de Alemania, y provocó un recrudecimiento de amistad con Lenz, Klinger, Lavater, Merck y Jacobi. Hizo un segundo viaje por el

(1) *Aus meinem Leben* XXIV.

Rhin, y de esa época datan varias bellísimas composiciones, entre otras, su conocida balada: *Der König von Thule*. Fué entonces que Goethe se entregó al *spinozismo*.

Paso por alto su actividad literaria, sus producciones forenses—que tanto placer daban al viejo padre—sus relaciones, su correspondencia, su poesía y sus estudios. Quiero dejar á un lado todo esto para recordar tan solo que habia entrado íntimamente en el círculo de las amigas de su hermana Cornelia, que ya en años anteriores habia frecuentado. En él le pasó una curiosísima historia.

Acostumbraban, á guisa de inocente pasatiempo, ensayar entre ellos, las mas diversas situaciones, á fin de saber cómo debian comportarse en el mundo verdadero. Ocurrióseles tambien ensayar la conducta de la gente casada, y sortear, al efecto, todos los sábados, las parejas que durante la próxima semana debian conducirse como casadas, es decir, hacer como sino se perteneciera el uno al otro, no sentarse al lado, ni hablar mucho entre sí, ni tampoco permitirse caricias: pero sí evitarse recíprocos disgustos y facilitarse todo mutuamente.

Quiso la casualidad que la caprichosa suerte designara á Goethe la mismísima compañera por tres veces seguidas: la juguetona sociedad decidió entónces que no se sorteáran mas, sino que durante el resto del verano permānecerian representando el mismo papel. Ella—el poeta no la nombra en su autobiografía, pero la crítica señala á Johanna Fahlmer (1), aunque la opinion general quiera que sea Anna Sybil Münch (2)—era una buenísima persona, la personifi-

(1) *Meyer's Konversations — Lexikon*, VII.

(2) *Goethe, ses mémoires et sa vie*, par H. Richelot, I.

cacion misma de todas las cualidades que se sueñan en una esposa. Hermosa y de simpática fisonomía, llena de salud, respiraba un aire de plácida calma que encantaba. Solo se oían elogios de sus habilidades caseras, y su conversacion denotaba su sólida educacion y sano criterio: inspiraba mas bien el respeto y la admiracion. De carácter siempre igual, dócil, por nada se contrariaba, y se adivinaba que en su compañía el hombre mas difícil habria concluido por encontrar la fugaz felicidad.

Pronto tan original relacion se hizo pública, y en la ciudad solo se hablaba del próximo matrimonio de aquella pareja modelo. La misma familia de Goethe—su difícil padre—veía aquello complacido. Todo estaba ya arreglado, y se ocupaban en restaurar el primer piso de la casa paterna para recibir á los recién casados. Era tal el imperio que Johanna Fahlmer ejercia sobre Goethe, que le pide un dia que le escribiera un drama, y el poeta en una semana concibe y redacta el *Clavigo*, cuya heroína, Marie, no es sinó el retrato de Johanna. . . .

Pero estaba escrito que no habia de realizarse semejante ensueño. El invierno de 1774—1775 vino á perturbar profundamente aquella tranquila situacion.

Vivia en Frankfurt, á pocas cuerdas de la propia casa de Goethe, la mujer del rico banquero Schönmann, junto con su hija Elisabeth. Habia educado á ésta esmeradísimamente, y su profundo cariño hacía ella, la hacia creer que era la mas perfecta de las mujeres de su época. Su posicion social, las dotes intelectuales de su hija, se añadian á la hermosura de ésta, para hacerla el foco de un círculo de adoradores, en que figuraban los jóvenes mas brillantes de aquel tiempo.

Elisabeth—á quien el poeta llama simplemente Lili (1)—era una jóven de diez y seis años, hermoso cuerpo, bellísima cabeza, y una larga cabellera que adornaba una cara simpática y picarezca.

Sus grandes y poderosos ojos--cuya mirada estrañamente fascinadora, al decir de un contemporáneo, «era profunda como la pasión y vasta como el pensamiento»--eran sombríos como la muerte, despidiendo á intervalos rayos, en cuya sedosa sombra residía la atracción mas intensa; y cuando de ellos desaparecía el esfuerzo de la energía, eran tan dulces y tranquilos como esos mansos arroyuelos que corren por solitarias praderas. Pero como la serpiente que se recoge, para desenvolverse en toda su magnitud, é irguiéndose de repente, lanza su veneno á lo imprevisto, así aquella mirada tierna é inofensiva al parecer, tornábase de súbito en iracunda y avasalladora....!

Su nariz, coquetamente levantada, su pequeña boca, siempre sonriente, su elegante figura, su fino talle--todo, en una palabra, contribuía á rodearla de una atmósfera encantadora de irresistible seducción. Era lo que puede llamarse una belleza simpática.

Su vivaz inteligencia, secundada por hábiles maestros, había cultivado extraordinariamente su espíritu, inculcándola las nociones, los gustos y los talentos que forman el adorno intelectual de una mujer. Su madre habíase consagrado exclusivamente á desarrollar su bondadoso natural, por manera que Lili, á una ingenuidad--quizá demasiado candorosa--unía las brillantes dotes de una amena é interesante conversacion, recibiendo con modestia los elogios que su

(1) Véase *Dichtung und Wahrheit*, IV parte, libros XVI á XX donde Gœthe refiere esta dramática historia.

habilidad en los adornos de la vida de salon á cada paso la procuraban.

Pero---¡cosa rara!--susurrábase que Lili era coqueta y que gustaba ver á los hombres á sus piés; referianse sus violentos amores, y contábanse de ellas esas mil y mil pequeñeces, que rodando por la conversacion de los salones, dan á la persona que favorecen un poder subyugador de atractivo imperio. Y si bien se ha llegado á decir que la coqueteria no es sino la inteligencia puesta al servicio de la necesidad de agradar, no es menos cierto que no es, en el fondo, sino una espresion de vanidad,--como dice La Rochefoucauld: «la coqueteria es una mentira perpétua.»

Goethe, siguiendo el general impulso, quiso tambien conocerla....Principió su relacion por esas reservas mútuas que emplean las personas inteligentes que se adivinan pero que quieren esplorarse recíprocamente. El poeta tenia un talento especial para la conversacion, que le permitia mantenerla, variarla, cambiarla durante toda una noche, entreteniéndola á su auditorio, y dirigiéndola con suficiente habilidad como para obligar á Lili á que descubriera sus ponderadas cualidades. Lili las poseia á la verdad é irreprochables: la naturalidad y sensatez con que se mezclaba en la conversacion, y con que contestaba ora con la palabra ora con la simple mirada, subyugaron por completo al exigente Goethe. Las inteligencias se habian comprendido allí antes que los corazones.

Goethe en *Poesia y Verdad* no refiere ni la mitad de su historia con Lili y suprime una multitud de curiosísimos incidentes. Pero dió la casualidad que por entónces trabara aquella original correspondencia con la «amiga del alma», con Gutschen, la platónica é incógnita enamorada. Esta

correspondencia, á que me he referido anteriormente, es como el diario de su pasion por Lili, el desahogo de sus sentimientos del momento, el confidente verdadero de su corazon durante aquel tiempo. Mas tarde se ha publicado (1) y así se han venido á aclarar muchos misterios voluntarios de la autobiografia.

Goethe, reservado y entregado á sus estudios, desde el dia del encuentro con Lili, frecuentaba los salones y los centros de reunion, visitaba y asistia á los bailes: encontrábase en ellos con Elisabeth, y en sus variadas conversaciones pronto pudo convencerse de las sólidas cualidades de esta. Poco á poco fué apasionándose de ella por completo, no con ese caprichoso pero violento arranque de los sentidos, ni con la inconsciente inclinacion del ciego corazon, sino con la pasion reflexiva y meditada, con esa pasion que es la única que deja como un surco en el alma, con esa pasion que de tranquila en sus comienzos, tórnase á poco en fogosa y absorbente, porque allí se ven realizadas las exigencias de los dorados ensueños ó del sonriente porvenir que la desatada imaginacion mas de una vez ha ideado. ¡Ay del que sienta semejante pasion! «Será profundamente desgraciado durante su vida entera sino la realiza, y llevará en su alma sempiternamente un vacio que jamás le será dado llenar.... Los caprichos, el inocente amor pueden volver á retoñar: la pasion reflexiva florece una vez sola en la vida.» (2)

Le amó á ella? quizá! Bien lo decian sus miradas, y aún sus mismas palabras; y su alma parecia tan sincera que mal podria en ella albergarse la mentira... pero tenia fama de tan coqueta y de tan susceptible!

(1) *Briefe an die Gräfin Auguste von Stolberg* (Leipzig 1839.)

(2) *Aus meinem Leben*, XXIV.

Lili trató en efecto, á Goethe, como este en otro tiempo á la pobre Käthe, y fué tan tiránica con su coqueteria, que el amoroso poeta dramatizó su triste situacion en *Erwin und Elmire*--encantadora ópera en que una coqueta martiriza á su amante.

Pero Goethe estaba completamente loco de amor por ella, y á su imaginacion se presentaba un porvenir tan bello cual jamas lo habia soñado. De esa época provienen lindísimas estrofas, apasionadas algunas como aquellas en que personifica á Lili en Belinda; tiernas otras, como: *Herz, mein Herz, was soll das geben?*; y tantas otras.

Goethe era, ante todo, un hombre de una energia indomable. Amaba á Lili como la mujer mas exigente puede soñar ser amada, con una fuerza, una constancia, una cohesion que hacian de ella la sustancia misma de su corazon. Se sentia amado, y la conciencia de la reciprocidad enardecia su ser é inflamaba sus deseos. Pasaba á su lado ratos deliciosos, como esos clavos esparcidos de que ha hablado Bossuet, comparándoles la rareza de los momentos felices en la existencia humana: Lili era como su sangre, su alma, era bajo la presion de los mas mínimos esfuerzos de su vida, para usar la típica espresion de Balzac, «como la dorada arena del Mediterráneo bajo las olas vagarosas....»

Para desgracia suya, su familia se oponia á este enlace, y su padre--su viejo y querido padre--era el mas empeñado é inflexible en esta resolucion. Luchó Goethe cuanto pudo, amenazó, pidió, se humilló, nada; no era posible hacer desistir al gefe de la familia.

Pero aconteció que viendo esta tirante situacion, una dama de buena sociedad y holgada posicion--la demoiselle Delf, como la llama el poeta en su autobiografía, -- quizo im-

pedir que se realizára el cruel sacrificio que á Goethe imponia su familia. «Cómo lo hizo, cómo venció las dificultades que se le oponian, no lo sé, pero si sé que una noche se presentó á nosotros y nos trajo el consentimiento deseado...Yo me puse de pié y estiré la mano á Lili, y esta, sin titubear, pero lentamente, me dió la suya. Profundamente conmovidos, caimos en brazos uno del otro.» (1)

Durante tres meses vivieron ambos completamente felices. Pero la familia de Goethe pronto habia vuelto sobre su arrancada concesion, y trabajaba incesantemente por deshacer aquel compromiso: la madre le rogaba, el padre le ordenaba, la hermana le suplicaba. Por qué? No lo dice el poeta en su autobiografía, antes bien confiesa que sus padres reconocian en Lili todas las cualidades que pueden adornar á una mujer, que su hermana la apreciaba profundamente.... La causa de aquella oposicion es hasta hoy un misterio--¿tenía fundamento ó era acaso una negativa caprichosa y tiránica?

El padre de Goethe era demasiado positivo para creer que en el amor de Lili todo era puro y sincero. Sabia que á las mujeres las aleja el infortunio; y escéptico consumado en materia de amores juveniles, le era imposible creer en el desinterés de una pasion. Veia bien que Lili nada podia sacar del celebrado poeta, pero ante sus protestas de amor, se preguntaba siempre:--¿cuál es el objeto que se propone? Era--segun un dicho espiritual--un hombre que contemplando la deslumbradora frescura de un rostro de veinte años, veia siempre tras de las facciones el descarnado esqueleto! Amaba demasiado á su hijo y á causa de su firme conviccion, no trepidó.

(1) *Dichtung und Wahrheit*, IV. lib. 17.

La tenaz resistencia que opuso á aquellas relaciones no se concretaba á hostigar continuamente á Goethe por medio de sus amigos, sino que á Lili le hacian llegar rumores desfavorables de su amado, tentando sembrar esas mil pequeñeces que engendran con desgraciada facilidad los celos ó el enojo entre los amantes, y que provocando escenas violentas conducen á una inevitable ruptura.

Cediendo á las repetidas súplicas del padre, decidióse Goethe á acompañar á los jóvenes condes de Stolberg en una excursion por la Suiza, pero rompiendo solo en apariencia con Lili. Y el gran escritor describe aquel viaje con un sentimiento esquisito, recordando como constantemente, sea en el pico de las montañas ó en los alegres valles ó al borde de los poéticos lagos, su pensamiento siempre estaba fijo en Lili, y dejando de su amor una serie de poesias encantadoras, como: *Aug', mein Aug', was sinkst du nieder?* y *Wenn ich, liebe Lili, dich nicht liebte....* y aquellas conmovedoras estrofas al corazon de oro que como recuerdo de su amada llevaba siempre consigo

*Angedenken du verklungener Freude,
Das ich immer noch am Halse trage....*

Habia emprendido aquel viaje con el propósito fijo de olvidar á su amada y de ver si la ausencia era suficiente remedio, pero no reflexionaba que si la separacion mata las inclinaciones superficiales, aumenta las grandes pasiones. En una palabra, volvió á Frankfurt mas enamorado que nunca y decidido á casarse con Lili, aun contra la misma voluntad de sus padres....

En el interin se habia trabajado activamente á Lili; sus amigas y amigos, personas de su familia ó de su relacion, habian sabido sembrar hábilmente tal ó cual cuento, tal ó

cual historia que hacian aparecer á Goethe ora como indigno de su amor, ora como lijero, ora como desleal.

Viene Goethe y tiene una entrevista con Lili, declárale su resolucion, y en vez de la decisiva respuesta que aguardaba, encuentra vacilaciones, subterfugios, mil pretextos, y un enojo comprimido cuya verdadera causa tampoco se le comunica. Ciego Goethe, apesar de su altivez natural, no hace caso de nada, implora perdon por faltas imaginarias, ruega, suplica--se humilla. Lili siempre inflexible. Goethe con el corazon destrozado exige una última respuesta. Lili le dice tranquilamente:—nó....¿qué mas podia decir una coqueta? Habia ya jugado suficiente con Goethe, buscaba entónces algun otro infeliz iluso: era lógica en esto — ¿no era acaso coqueta?

Es preciso haber leído la carta que con ese motivo dirigió el poeta á Gutschen para comprender la intensidad de su dolor, el martirio horrible de su alma, la pena profunda que aquello le causára. Tornóse sombrío y semi-salvaje, pero era demasiado orgulloso para humillarse de nuevo....

«Pasó entónces algunos meses en extremo agitado y triste, sin energia suficiente para abandonar á Lili, sin amor bastante profundo para casarse con ella, y entregado indefenso á las angustias de los celos, á las alternativas de la felicidad y de la desesperacion que le inspiraban las relaciones, la ternura y la frialdad de aquella cruel coqueta.» Fué entonces que acordándose de su máxima favorita:--«es menester gastar con el trabajo lo que nos atormenta,» se entregó de lleno al estudio, y compuso la tragedia de *Egmont*.

A veces, sinembargo, solia encontrarse con Lili en el mundo, y ambos pasaban sonrientes al lado, pudiéndoseles aplicar el magnífico verso del poeta:

*Asomaba á sus ojos una lágrima
Y á mi labio una frase de perdon ;
Habló el orgullo, y se enjugó su llanto
Y la frase en mis labios espiró.*

*Yo voy por un camino, ella por otro ;
Pero al pensar en nuestro mútuo amor,
Yo digo aún: ¿por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿por qué no lloré yo?*

. . . . Goethe no tenia entónces sino 26 años. . . años despues, en 1778, Lili casó con el baron de Trückenheim, y murió en 1817. Apesar de todo, jamás olvidó á Goethe, como lo demuestran sus confesiones á la baronesa von Beaulieu-Marconnay, y la biografia que de ella publicára su sobrino, el conde Drückheim. Su hija ha revelado que la verdadera causa de la ruptura con Goethe, segun confidencias de la madre, fué el haberle dado á conocer los detalles de los amores con Friederike. . . ¡siempre los amores anteriores!

De aquella pasion quedan, además de las numerosas poesias de Goethe de esa época, y que todas se refieren á Lili, *Erwin und Elmire, Claudiene von Villa Bella*, y sobre todo *Stella*, «comedia para amantes», en que ha retratado clarisimamente á Lili. El recuerdo de ésta siempre lo persiguió, y cuando años despues le mandára un ejemplar de *Stella*, le puso una dedicatoria poética que lo confiesa. En sus conversaciones posteriores con Eckermann (1) ha declarado Goethe que habia amado á Lili «mas profundamente que á ninguna otra, antes ó despues de ella.»

Y á ella parecen referirse aquellas palabras tan profundamente verdaderas:—«se debe amar sinceramente solo á una

(1) *Eckermann's Gespräche mit Goethe 1823-1831.* (Leipzig 1876.)

persona, para que las demás se tornen entónces amables:» (1)

Goethe sinembárgo no murió de pena por aquella aventura, y aun se consoló rápidamente—quizá tuvo razon: saber tomar una resolucion en un mal irreparable es, á la verdad, una prueba de valor como de buen sentido. La vida de este mundo, se ha dicho con exactitud, no es mas que una série de desengaños: los verdaderos sabios son aquellos que, asegurando una cierta dósis de felicidad, gozan de ella tranquilamente, sin inquietarse por el porvenir ni lamentarse por el pasado!

Lo que pasó despues de aquel episodio es conocido. El duque Karl August lo llamó á Weimar, donde le dió una alta posicion, y le entregó las riendas del gobierno, que tuvo Goethe en sus manos durante largos años.

Lavater, el célebre fisionomista, con quien tenia el poeta tan íntima amistad, ha trazado su retrato á los 28 años, acompañándolo de un buen grabado sobre acero. Allí se vé la fisionomia abierta y hermosa del poeta, con su acentuada nariz, su ancha frente, y sus bellísimos ojos. (2)

Goethe describe en sus *Memorias* la vida alegre de aquella juguetona corte, donde brillaba la sensata gran duquesa Amelia, la duquesa reinante Luisa, tan fria como noble, la maliciosa pero buena Goechhausen, dama de honor de la duquesa, y á quien el poeta llama familiarmente Thusnelda. Pero para apreciar con equidad la vida de Goethe en Weimar, es preciso recordar cual era entónces el estado de las costumbres sociales: el matrimonio, en aquellos tiempos turbulentos, era, al decir de Sophie Arnould, «el sacramento del adulterio» y Schiller, el bueno y casto Schiller, escribia

(1) (*Wahlverwandschaften*) Goethe.

(2) *Physiognomische Fragmenten*. (1777.)

á su amigo Körner:—«No hay una sola dama que no tenga su relacion amorosa: todas son coquetas » (1)

No puedo detenerme en la increíble actividad que desplegó entonces, haciéndose el rey del gusto en Weimar, y reuniendo en aquella pequeña capital todo lo que habia de mas notable en literatura y en arte en Alemania. En cuanto á su historia intima, sobre todo á la faz particularisima bajo la cual únicamente he querido considerarlo en este estudio, es cada vez mas difícil apreciar su exactitud, pues *Poesia y Verdad* se detienen exactamente con su partida para Weimar. Hay que recurrir únicamente á sus obras, interpretando tal ó cual alusion, para darse cuenta de sus amores posteriores, y aun algunas veces, como demostraré mas adelante, menciona apenas episodios que han ejercido sobre él considerable influencia.

Algun tiempo despues de hallarse en Weimar, conoció á Charlotte von Schardt, casada con el baron von Stein, empleado de alta categoria en la corte ducal. Charlotte von Stein fué su amada durante diez años, y sin embargo el poeta no ha dejado escapar en parte alguna de sus obras la mas mínima alusion al respecto.

Goethe era de un temperamento, por desgracia, demasiado ardiente. Sin amor le era imposible la existencia, y en su pecho una pasion cedia solo su lugar á otra nueva: tenia una imprescindible necesidad de ese trato con las mujeres, que tan bien caracteriza el platonismo excesivo que era el fondo de su naturaleza. En sus poesias de la época se notan rastros de mas de un amorcillo y mas de una pasajera inclinacion, pero la verdadera pasion que lo embargó fué, sin duda, la baronesa de Stein.

(1) *Friederich von Schiller's Denkwürdigkeiten und Bekenntnisse.* (Leipzig 1862.)

Tenia á la sazón ésta 33 años, siendo madre de 7 hijos: era una de esas damas del gran mundo, que unen á las mas maravillosas cualidades, al supremo perfume de una gracia encantadora y de una delicadísima instruccion, una cierta dosis de frialdad y de reconcentrada reflexion. Era una mujer verdaderamente superior, y en su contacto y por su influencia adquirió Goethe aquella notable y dulce tranquilidad, que no era sino el dominio moral y poético de pasión desenfrenada. (1)

Hermann Grimm ha pretendido demostrar que aquella relacion era «una purísima amistad del carácter mas ideal», pero la correspondencia de ambos amantes (1776-1826), compuesta de esquelas, billetes y cartas, demuestra elocuentemente lo contrario. (2) Sin embargo, en aquella interesantísima correspondencia cotidiana, mas de una carta revela que aquella ardiente pasión fué siempre respetuosa y platónica. (3)

Desde que Goethe conoció á Charlotte von Stein sintió por ella una pasión avasalladora. Ella le retribuyó con cortés frialdad y una digna reserva. Pero en el fondo le correspondia y al poco tiempo se lo dió á entender, tomándose públicamente el mas vivo interés en las obras y en las poesías de su amado. Desde 1781 aquella pasión se ostentó sin embozo alguno á los ojos de todos, y la sociedad aristocrática de Weimar se acostumbró á perdonar semejante exceso, en aras de la gloria del gran poeta. Por idéntica razón to-

(1) Düntzer, *Charlotte von Stein* (Stuttgart 1874—2 tomos.)

(2) *Briefe au Fran von Stein*. (Weimar 1848 1851.)

(3) Véase la carta de 24 de mayo de 1776:—«así, las relaciones mas puras, mas bellas, mas verdaderas que, aparte mi afección fraternal, haya jamás tenido por una mujer...»

leraba al mismo tiempo los amores escandalosos de Schiller con Charlotte von Kalb.

Cuando se juzgan friamente estas relaciones, no puede menos de condenárselas en abstracto. Una mujer casada, madre de siete hijos, á la vista de su marido, manteniendo relaciones amorosas con otro hombre, á la faz de la sociedad entera, durante diez años! Solo se comprende la posibilidad de semejante escándalo, cuando se tiene en cuenta la elegante desmoralizacion de las costumbres á fines del siglo pasado.

Y sinembargo la influencia que ejerció aquella mujer sobre Goethe fué importantísima, pues la correspondencia así lo atestigua. Dia á dia se ven nacer los proyectos, concebir los dramas, escribirlos, corregirlos, perfeccionarlos, ó componer poesias ó piezas ligeras:—allí se encuentra la esplicacion del orijen de casi todas las producciones de Goethe durante aquella época.

La baronesa de Stein es una figura interesantísima: fué el original de la heroína de *Iphygenie auf Tauris*, y Goethe la ha personificado en la Eleonora del *Torquato Tasso*.

Apesar de todo, es indudable que Goethe tuvo casi conjuntamente (desde fines de 1776) los mas ardientes amores con la actriz Corona Schröter, cuya juventud se unia á una belleza y una gracia extraordinarias, al decir de los contemporáneos. Pero es el carácter peculiar de los caprichos de los sentidos, que satisfechos estos, desaparece la influencia que parecia irresistible. Es así que aquella pasion fué solo pasajera, volviendo Goethe á Charlotte von Stein, con la que desde entónces estuvo ligado hasta su partida á Italia.

Y, cuando de vuelta del « país donde florecen los limones, y en oscura glorieta brillan los naranjos »,—como caracteriza él aquel bello país en la encantadora balada de Mi-

gnon, en el *Wilhelm Meister*,— su pasión por Frau von Stein se había tornado en una sincera y franca amistad, ésta le correspondió de igual modo, hasta que enviudara en 1798, y aun hasta su misma muerte en 1827.

Abrumado Goethe por el cúmulo de sus ocupaciones en Weimar, y deseando elaborar una edición completa de sus obras publicadas é inéditas, emprendió en 1786 su deseado viaje á Italia, de incógnito. La relación y el diario que de ese viaje ha dejado, se cuentan entre sus mejores producciones.

Y si bien menciona la íntima amistad que lo ligó con la afamada pintora Angélica Kauffmann, en Roma, apenas dedica unas cuantas líneas (1) á una aventura de ocho días, es verdad, pero que asumió caracteres desmesurados por la manera como fué llevada á cabo.

«Una milanesa, dice, me interesó durante la semana de su permanencia aquí: (*Castel Gandolfo*. 8. VIII. 1787.)— Se distinguía por su naturalidad, buen sentido, y mejores maneras.» Nada mas, y sin embargo, no hay duda que aquella pasión fué profunda.

El duque de Sachsen Weimar había aconsejado á Goethe no apasionarse mas, y solo permitir esos ligeros amores que no conocen el mañana, y que entretienen y rejuvenecen el espíritu, dejando tras sí el perfume de su recuerdo, en vez de destrozar hasta las fibras mas íntimas del alma. Pero todo fué en vano.

Cuarenta años tenía Goethe y sin embargo se apasionó de la seductora hija de Milan, con un fuego, comparable solo al de su amor de Wetzlar. Fué correspondido, y se entregó de lleno, sin pensar en nada, en brazos de la ardiente voluptuosidad de un amor del Mediodía. . . .

(1) *Zweiter Aufenthalt in Rom*. (pág. 49)—(*Sämmtliche Werke*, xxvii.)

Vivia con ella con la mas completa independencia, y cuando á la tarde, junto en sus numerosos compatriotas que como Hackert, Tischbein, Winckelmann y otros, estaban preparando allí las obras que los han hecho célebres despues — se sentaba al rededor de la mesa de alguna taberna para charlar de la patria ausente, de sus ensueños y de sus amadas, Goethe era el que mas entusiastamente entonaba la popular cancioncilla:

*E ora che siam qui a tavolino
Oh ragioniamo un po' del nostro damo !
Fra tutti questi il mio gli è 'l più bellino.... !*

Cuando reaccionó, la separacion fué espantosa, y tuvo Goethe que abandonar á Roma con el alma nuevamente destrozada, y presa de una sombría desesperacion. Aquel hombre no podia vivir en tranquilidad: necesitaba siempre alguna impresion fuerte, que le embriagára por un instante, aunque dejára tras sí punzante dolor.

Pero aquella pasion ha dejado tambien rastros en las producciones literarias del gran poeta: el tono de amargura y desencanto con que está escrito el *Tasso*, proviene de aquella dolorosa ruptura.

Cuando volvió Goethe á Weimar, no pudo hallarse bien en su antiguo centro, pues echaba continuamente de menos su querida Italia, y solo soñaba en volver á Roma. La sociedad de Weimar fué poco á poco retirándose de aquel hombre que calificaban de excéntrico. Este no podia consolarse de haber perdido la dulce libertad de que gozaba en Italia, y esa completa independencia que permite siempre al extranjero realizar sus deseos, sin temer las murmuraciones ó los chismes de la sociedad.

Además Goethe acababa de sufrir un profundo desen-

canto: habia vuelto á escribir en verso durante su permanencia en Roma, *Iphigenie auf Tauris* (que ocho años antes fuera representada en Weimar con sin igual esplendor, por el autor—en el papel de Orestes—y por su amada Corona Schröter) (1) y la opinion literaria juzgó su obra inferior á la de Eurípides, dejando á la posteridad el honor de glorificar aquella produccion maestra. Habia terminado en aquella época su *Egmont* y trabajado en la segunda parte del *Faust*. Pero á pesar de que fuera recibido con inusitados honores en Weimar, he dicho que Goethe en el fondo sentia la nostalgia de la Italia, suspirando sin cesar por ella: no hay, en efecto, sino leer sus tiernísimas «*Römische Elegien*», como tambien el *Tasso*. Nadie comprendia allí su ardiente amor á la Italia, y las costumbres alemanas le parecian ridiculas ó afectadas: poco á poco fué sintiendo una repulsion cada vez mas creciente contra su pátria, viviendo en medio de ella con el desencanto en el corazon, el cansancio en la voluntad y la repugnancia en el deseo. Aquella situacion de espíritu era, pues, eminentemente crítica.

Goethe entónces, al decir de Schiller (2)—era de mediana estatura, paso mesurado, erguida figura, «su cara no es franca, pero sus ojos llenos de espresion y vivos, hacen suspender al interlocutor de su mirada. Aunque muy seria, su fisionomia está llena de bondad y benevolencia. Tiene el cutis moreno, y parece mas viejo de apariencia que de años. Su voz es muy agradable, su lenguaje corriente, animado y lleno de fuego: — se le escucha con placer.»

(1) Léase la descripcion de Hufeland.

(2) Carta á Körner — 12 de setiembre 1788.

Un dia encuentra en la plaza pública una bellissima jóven que implora su proteccion, pidiéndole la ayudára en una súplica para un empleo. Se la concede, y lleva mas lejos su generosidad: la toma como preparadora para sus estudios botánicos y ópticos, á que entonces se entregaba con ardor. Aquella jóven era hija de un empleado ducal y hermana de aquel Vulpius, cuyo *Rinaldo Rinaldini*, traducido en todos los idiomas conocidos, sirviera de prototipo á las « novelas de ladrones y malhechores » de que se vió infestada la Europa á principios de este siglo. Christiane Vulpius, á juzgar por los retratos que de la época en que era « señora Consejera de Goethe » han quedado, era una mujer perfectamente formada, y agraciada por la madre Natura con unas formas encantadoramente desarrolladas, pero eclipsadas por su cara, majestuosa y dominante.

Goethe ha trazado en una de sus poesías el cuadro de la familia de Christiane: el padre era un borracho consuetudinario que obligó á los hijos á que el uno tradujera en Jena novelas italianas y francesas para vivir; y con el mismo objeto, la hija se vió forzada á trabajar como florista. La opinion general de los criticos alemanes representa á Christiane como á una sirvienta, pero Hédouin (1), con alguna razon, afirma lo contrario: — ¿cómo seria posible que careciendo ella de la necesaria instruccion, hubiera podido llegar Goethe á dedicarle sus maravillosas *Elegías romanas*, donde traza de ella un retrato encantador?

Christiane Vulpius — al decir de Goethe (2) — tenia cabellos oscuros pero dorados, ojos alegres, cara sonrosada, labios provocantes, fisionomía pequeña y graciosamente

(1) *Goethe—sa vie et ses œuvres* (París, 1866.)

(2) *Elegia VIII.* (Sämmtliche Werke, I, 129.)

redondeada: era « una jóven bacante », segun la expresion del poeta. Inteligencia desarrollada, natural viveza, carácter alegre, costumbres caseras, extremadamente bondadosa: — hé ahí las cualidades que bastaron para apasionar á Goethe.

Se amaron, pues, locamente y vivieron el uno para el otro á la faz de la sociedad. Desde entónces (1788) estaban ligados por un « matrimonio de conciencia », pero aquella frívola sociedad que celebrára sus ruidosos amores con la baronesa von Stein, se indignó de que regularizára una relacion amorosa con una plebeya. Que cometiese adulterio, pase, pero con mujeres de su condicion social — pero que viviese maritalmente con una plebeya soltera á quien trataba como esposa, ¡ qué escándalo ! El grande error de Goethe fué, sin duda, el de no « salvar las apariencias »; y de trasplantar á la corte de Weimar, las fáciles y ligeras costumbres de Roma, viviendo en una union que un riguroso moralista calificaria de concubinato, pero que un galante caballero del siglo XVIII llamaba solo « dulce y agradable lazo ». En las poesías de aquella época, (1) Goethe ha trazado de Christiane un retrato sencillo y amoroso, personificándola en Eufrosina.

La sociedad se escandalizó de aquella ilícita y pública union: todos la reprobaron, causando al poeta mil amarguras y desdenes. Goethe no quiso ceder, contando con el apoyo de su viejo amigo el gran duque. De ahí que desde

(1) Véase en las « *Römische Elegien* » la que principia :

Ich ging im Walde
So für mich hin,
Und nichts zu suchen
Das war mein Sinn....

entónces su orgullo se tornára en extremo susceptible y se mostrára siempre friamente reservado. Los chismes insoportables de las sociedades pequeñas en que todo el mundo se conoce y se destroza mutuamente—como sucedia entónces en Weimar (1)—lo hirieron en todas sus afecciones, lo desencantaron por completo y se volvió irascible y sombrío. Fué entónces que se entregó con ciego ardor á las ciencias, de donde resultó su *Farbenlehre*. Aquella situacion habia quebrantado para siempre su espíritu varonil y roto su poderosa lira. Obligado á mantener tan equívoca posicion, su vida á poco se tornó insoportable.

Goethe era desgraciado. En efecto, Christiane, pasado el ardor de la passion, se entregó sin medida á las diversiones, asistiendo sola á los joviales bailes de estudiantes, y bebiendo con ellos hasta la embriaguez: Goethe nada pudo contra esto y tuvo la debilidad de soportar tan falsísima posicion.

Abreviando: en 1789 su amada Christiane dió á luz su primer hijo Julius August, y poco á poco fué dotándolo de numerosa familia, pero que el poeta tuvo el dolor de ver desaparecer sucesivamente antes de su muerte. Aquel hijo mayor, á quien tanto amaba, le forzó á casarse (19 octubre de 1806) con Christiane, en momentos tremendos para la Europa, cuando solo se oía por doquier el fragor estruendoso de las batallas homéricas del primer Napoleon.

La Revolucion Francesa habiale tambien conmovido profundamente: simpático á ella al principio, como puede

(1) Véase la finísima crítica que ha hecho Kotzebue en su comedia « Die deutschen Kleinstädten » : ¡ Siempre las miserables pasiones de aldea !

fácilmente verse en «*Hermann und Dorothea*», (1) le fué mas tarde adverso, componiendo en contra suya *Der Bürgergeneral*, *Der Gros-Cophta* y otras piezas más.

Christiane Vulpius de Goethe murió recién en 1816, no habiendo logrado por su casamiento reconquistar la perdida consideracion.

Pero Goethe fué desgraciado desde que se casó: hasta entonces todo le habia servido, y el mismísimo amor libre que habia presidido, por decirlo así, á su union con Christiane, pareció desaparecer en el instante en que el vinculo eclesiástico vino á convertir en pesada cadena lo que hasta entonces habia sido voluntario yugo.

Goethe vivia tranquilamente en Jena cuando á fines de 1803 llegó á Weimar Mad. de Stäel, conducida por Benjamin Constant, y quiso conocer al gran poeta. Este refiere burlonamente aquel episodio de su vida en los fragmentos de su *Diario* (2).

La espiritual escritora á quien Schiller—en una carta inserta en el *Diario* de Goethe—pinta como «conversadora, ligera, parlera infatigable, amante de la paradoja, deslumbrante por su ingenio y sus rápidas contestaciones», se enamoró perdidamente del poeta, á quien llegó á decir: «Jamás he dado confianza á un hombre sin que éste se haya enamorado de mí.» Pero Goethe supo que el objeto de Mad. de Stäel era publicar mas tarde sus conversaciones con él, á la manera como se acababa de hacer en Francia con

(1) En aquellos bellísimos versos que comienzan así:

Den wer längnet es wohl, dass hoch sich das Herz ihm erhoben
Ihm die freiere Brust mit reineren Pulsen geschlagen. . . .

(2) *Annalen oder Tag und Jahreshefte*—(*Sämmtliche Werke* xxx.)

Rousseau, y decidió encerrarse en el mas grave silencio. La tentativa de Mad. de Stäel fué, pues, inútil (1).

En el entretanto habia sido Goethe el héroe de la curiosísima aventura con la hoy dia célebre Bettina Brentano, despues Arnin. El ruido que esta aventura ha causado, las discusiones que suscitára, el interés vivísimo que despierta, me obligan á detenerme algo en ella.

Bettina, la « Sibila del romanticismo » — como ha sido llamada — era nieta de aquella venerable Sophie von La Roche, con quien Goethe contrajera íntima amistad en el viaje por el Rhin á que antes me he referido (2). Jóven pura y bellísima, místico-soñadora, debido á la influencia de la señorita de Gúnderode, admiradora fantástica de la Natura, idealmente apasionada de lo bello abstracto, Bettina se habia ligado íntimamente con la madre de Goethe, hasta que en 1807 hizo un viaje para conocerlo. El viejo poeta encendió en aquel corazon vírgen una tempestad de pasiones y deseos, un fuego implacable de ardoroso amor, una ciega locura de abandono de sí misma en brazos de tan insensato sentimiento, que hasta 1811 Bettina ocupó á la sociedad con el ruido de sus excentricidades. Su primera entrevista con el poeta es curiosísima : Bettina la refiere en una carta á la venerable *Frau Aja*, la madre de Goethe : « Me arrojé á su cuello y él me sentó sobre sus rodillas,

(1) Es comuu tradicion entre los estudiantes alemanes la picante aventura que caracteriza aquellas relaciones : — en la comida de la duquesa Amalia (á que se refiere Goethe — *Annalen*, 1804), Mad. de Stäel, que estaba al lado del reservado poeta, le pasa un plato de aves y otro de pescado, significando con esto un juego de palabras audacísimo. . . . La contestacion de Goethe solo puede darse en aleman ! . . .

(2) Véase mas arriba con motivo del *Werther* y del *wertherismo*.

abrazándome contra su corazon.....» Sainte-Beuve (1), estudiando aquella correspondencia, agrega picarezcamente: «Tenemos necesidad de recordar que esto se pasa en Alemania para tranquilizarnos.» Abreviando: Goethe se encontró pronto embarazado con aquella pasión demasiado fogosa en una bellísima jóven de 16 años; la misma Christiane Vulpius no pudo soportar por mas tiempo aquello: Bettina tuvo que ausentarse, consumida por un fuego devorador, tanto mas irresistible, cuanto que el senil poeta se habia obstinadamente negado á satisfacer aquella caprichosa pasión. No por esto cesaron sus relaciones, pues mantuvieron hasta la muerte de Goethe una activísima correspondencia.

Bettina nunca se consoló de aquella indiferencia, y años despues, en una de sus cartas al poeta, decia: «querer ser amada y desear ser comprendida, es una misma cosa.» Goethe, en efecto, jamas comprendió aquella naturaleza profundamente apasionada.

Bettina casada mas tarde con el poeta Arnin, pasó el resto de su vida entregada al estudio de todas las utopias filantrópicas y generosas, convirtiéndose en escritora afamada. Publicó en 1855 la historia de sus amores con el viejo poeta (2), que produjo un ruido espantoso, ocupándose pronto de ello todos los que cultivaban las bellas letras entonces. El libro es bellissimo y conmovedor: su lectura deja una honda impresion de dulzura y de tristeza.

Acojido al principio como auténtico, poco á poco se fué descubriendo que allí habian muchos de los sonetos de Goethe vertidos simplemente en prosa, y pronto se aseguró

(1) *Causeyries du lundi*, II.

(2) *Goethe's Briefwechsel mit einem Kinde* (Berlin 1855. 3 tomos.)

por doquier que aquello era una mistificación. Bettina en tretanto había muerto sin poder realizar su ensueño dorado de levantar á Goethe una gigantesca estatua. Y hasta hace poco la opinion generalmente admitida aseguraba que la correspondencia publicada era pura y simplemente una supercheria literaria. Pero G. von Loeper acaba de demostrar (1) lo contrario: ha publicado el texto fiel de catorce cartas del poeta á Bettina y otras piezas curiosas—como la carta de Bettina, fechada el 8 de marzo de 1832, que su hijo mismo presentó á Goethe pocos días antes de la muerte de este—que demuestran cumplidamente que si hubo exajeracion en la pintura ó exaltacion en los sentimientos, en el fondo todo ello es estrictamente histórico.

Y hé ahí como la nieta de la amiga íntima del poeta, la hija de aquella Maximiliane á quien tanto amára Goethe, vino á su turno á apasionarse locamente del amante de su madre y del amigo de su abuela!

Paso por alto —y vuelvo á repetir que no está en el plan de este ligero artículo—la íntima relacion de Goethe con Schiller, y sus obras comunes, su actividad, sus *Xenien*, y su influencia en el desarrollo literario de la época. Pero no puedo dejar de mencionar á una mujer que ha merecido ser personificada en Suleika, la amada de Hatem—en quien algo se retrató el poeta—el héroe del *Westöstlicher Divan*.

Me refiero á Maximiliane Yung de Willemer, á quien ya casada conoció el sexajenario poeta en Heidelberg, y con quien hasta su muerte mantuvo amistosísima correspondencia. Esta relacion—á la que solo pasageramente se mezcló

(1) Briefe Goethe's an Sophie von Laroche und Bettina Brentano. 1879.

la pasión--es tanto mas curiosa, cuanto que la critica moderna (1) ha demostrado que los mas lindos pasajes del *Divan* son originales de aquella amorosa poetisa (2), que comenzó por ser bailarina antes de ser banquera.

En los años 1807 y 1808 apasionóse locamente Goethe de Mina Herzlieb, la hija adoptiva del librero Frommann, de Jena, y fué debido á esa influencia que compuso muchos de sus sonetos de aquella época. La hizo heroína de sus *Wahlverwandschaften* bajo el nombre de Ottilie, y en aquella novela--cuya artistica forma revela una perfeccion marmórea--la dedicó dolorosas y profundas páginas. Hermann Grimm ha pretendido demostrar, sin embargo, que aquella relacion--entre un viejo y una criatura que habia visto nacer--fué mas bien amistosa, aduciendo como prueba el carácter mismo de Ottilie. Pero esta version desaparece ante las palabras que el mismo Goethe emplea al hablar de las *Wahlverwandschaften* (3):— «nadie dejará de adivinar en esta novela una profunda herida de la pasión, que al curarse no quiere cicatrizar, y un corazón que tiene terror al completo restablecimiento. En ella he depositado como en una urna funeraria y con profunda emocion, muchas tristes experiencias.»

(1) Véase la correspondencia publicada por Th. Creizenach.

(2) Por ejemplo el canto que principia:—

Ach, um deine feuchten Schwingen
West, wie sehr ich dich beneide...

y el que comienza:—

Was bedeutet die Bewegung?
Bringt der Ost mir frohe Kunde...

Véase para mas detalles:—«Briefwechsel zwischen Goethe und Marianne von Willemer» (Stuttgart 1877.)

(3) *Annalen* (1809.)

A la muerte de su mujer (6 de junio de 1816) profundamente impresionado, el septuagenario poeta la dedicó una sentida poesia; (1) y desde entónces aquel vigoroso espíritu—para el cual la vida era milicia, pero milicia siempre alerta, jamás en reposo--vivió junto con su hijo único, ya casado.

Aquel octogenario anciano, cuya inteligencia parecia desafiar los años, como su salud habia triunfado de los placeres y de las fatigas, fué en 1822 á tomar los característicos baños de Marienbad, en la poética y montañosa Bohemia. Allí--á la edad de 74 años--conoció á Ulrike von Lewezow, tierna jóven de quien se apasionó con esa fuerza estrañamente persistente de los amores seniles, siendo con todo correspondido. Pensó seriamente en casarse, para llenar el vacio que en su desierto hogar dejára mas tarde la muerte de su único y querido hijo, pero sus amigos pronto le convencieron de la insensatez de sus propósitos. «Esta es una inclinacion--decia Goethe--que me va á dar mucho que hacer, pero de lo cual triunfaré. Iffland podria hacer una deliciosa comedia:--un viejo tio que quiere demasiado apasionadamente á su jóven sobrina.» (2) Pero á esa pasion se deben los últimos versos amorosos de Goethe, su *Trilogie der Leidenschaft*, dedicados algunos á Ulrike. (3)

Como se vé, Goethe fué fiel hasta su mas avanzada edad á

- (1) Aquella que comienza:—

Du versuchst, o Sonne, vergebens
Durch die düstern Wolken zus scheinen!...

- (2) Eckermann's Gespräche mit Goethe. I. 70.

- (3) Como el que comienza:—

Was soll ich nun von Wiedersehen hoffen
Von dieses Tages noch geschlossener Blüthe?...

su máxima:—«sin amor el mundo no seria mundo», y puede perfectamente aplicársele el verso del gran Victor Hugo :

*L'amour, c'est la vie
C'est tout ce qu'on regrette et tout ce qu'on envie,
Quand on voit sa jeunesse au couchant décliner* (1)

Poco tiempo despues publicó su *Wilihelm Meister's Wanderjahren*, donde reuniera todas sus pequeñas novelas, hasta entonces esparcidas aqui ó acullá.

Goethe moria poco despues (22 de marzo de 1832), á la edad de 83 años, en los brazos de su amante nuera Ottilie, despues de una hermosa y gloriosa vida, á la que podia aplicarse con justicia las palabras del poeta:

*Es kaum die Spur von meinen Erdetagen
Nicht in Aeonen untergehen!...* (2)

. . . . Por este rápido estudio se ha podido ver la influencia considerable que en el desarrollo de su talento y en la produccion de sus obras ejercieron unas cuantas mujeres, que caracterizan, por así decirlo, los distintos periodos de aquella existencia tan agitada y tan célebre. Y esto es tanto mas importante cuanto que en Goethe no solo tiene la poesia alemana su mas alto representante, sinó que es á la verdad la mas grande y enciclopédica figura de todas las literaturas de los últimos dos siglos. Ningun hombre en los tiempos modernos ha ejercido una supremacia tan universal, tan prolongada:—«desde su juventud Goethe alcanzó una reputacion europea, y cuando á travez de mil vicisitudes y despues de un medio siglo famoso por sus convulsiones políticas, morales y literarias, hubo conquistado silenciosamente la supremacia intelectual en Alemania, se le vió

(1) Chants du crépuscule.

(2) Faust. II.

reinar sin disputa, cargado de años y de honores, trabajando segun su vocacion, y no usando de su poder sinó para favorecer la cultura intelectual de su patria.»

Goethe—ha dicho Lewes—(1) fué grande por la elevacion de su espíritu, por una magnanimidad que no dió jamás cabida á la envidia, á la pequeñez ó á la bajeza; lo fué por su ternura, su simpatía, su benevolencia; lo fué por su gigantesca actividad; lo fué, en fin, por su dominio de sí mismo, que le permitia sujetar sus instintos rebeldes á los designios de su voluntad y de su razon.

Há tiempo la crítica moderna ha pronunciado su juicio decisivo sobre aquella grande aparicion, que unía á las mas bellas dotes del ingenio, los profundos conocimientos de la ciencia, hermanando con una increíble fantasia la experiencia reflexiva de su larga vida, y realizando el prototipo del pensador, del sábio, del poeta y del político.

He querido únicamente estudiar su actividad intelectual bajo un solo punto de vista, mostrando como sus obras han obedecido á claras y definidas influencias femeninas. Y me he visto forzado á pasar como de carrera por tan diversos como interesantes incidentes, á fin de poder trazar un cuadro exacto en el conjunto, si bien reconociendo la vaguedad de sus detalles: la materia es tan vasta, que la tarea se torna en extremo difícil. El análisis ha sido á veces severo, y ha habido que excusar mas de una verdadera falta grave si se las juzga meramente bajo el punto de vista de la moral—pero la posteridad, si bien no justifica esas faltas, se vé forzada á perdonarlas en cambio de la multitud de obras maestras que produjeron. Demostrar esto ha sido mi objeto. Por otra

(1) *The life and works of Goethe*. I.

parte, he preferido servirme solo de las propias obras del poeta para rastrear aquellas influencias, recurriendo únicamente á las estrañas, cuando la palabra del maestro enmudecia.

Y así como en el pueblo alemán Goethe es generalmente inseparable de Schiller, formando ambos la joya mas preciosa de aquella riquísima literatura,—¿no seria, quizá, interesante seguir paso á paso, en las obras y en la correspondencia de Schiller, la influencia que en aquel eminente talento—tan distinto, sin embargo, del de Goethe—ejercieron igualmente las mujeres? Hé ahí, paréceme, una materia cuyo estudio no careceria de interés.

No se encontrarán, por cierto, una Mad. Récamier, ni una Mad. de Stäel, ni una Mad. Roland, como en la francesa literatura; ni esas *Ladies protectrices*, tan características en la literatura británica, y que tan bien ha sabido representar Disraeli en su *Endymion*; nó--la influencia de la mujer alemana es otra, completamente distinta. No es el salon, ni la intriga política: --es el amor, pero el amor puro y apasionado. Esta verdad que acaba de demostrarse en «las amadas de Goethe», es igualmente exacta en «las amadas de Schiller.»

ERNESTO QUESADA.
